

NINA KLEIN

NO ERES
MI DUENÑO

UNA NOVELA CORTA ERÓTICA

El Club 5

NO ERES MI DUEÑO (EL CLUB 5)

UNA NOVELA CORTA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2019, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Aviso importante

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Epílogo

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una novela con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.
Solo para mayores de 18 años.

UNO

MONIQUE

En cuanto el tipo entró por la puerta, supe que iba a tener problemas.
No me preguntes por qué.

No fue un sexto sentido, ni nada por el estilo. Si tuviese un sexto sentido que me permitiese detectar gilipollas, sería la mujer más afortunada del universo. Y además podría vender el secreto, dar cursos y hacerme rica.

Pero no, no era nada de eso.

Si no no tendría el *ex* que tengo

Pero bueno, lo que iba diciendo: el tipo entró por la puerta y supe casi inmediatamente que iba a darme problemas.

¿Por qué?

Por la forma de mirarme, insolente, irrespetuosa, arrogante. De arriba a abajo. Aunque su “repasso” se vio interrumpido porque de cintura para abajo me ocultaba el mostrador del ropero, por suerte.

Luego abrió la boca y confirmó mis sospechas.

Y la pena es que era un hombre atractivo, mucho. Atractivo y algo más, no sabría definirlo... No es que no haya visto mi ración de hombres espectaculares, trabajando donde trabajo.

Pero aquel era... oscuro, peligroso.

Barba de tres días, pelo oscuro revuelto. Parecía que acababa de llegar de una pelea, de apostar a los caballos. No porque estuviese desarreglado, era algo... no sé, la actitud en general. No sabría explicarlo.

—¿Desea guardar su abrigo? —dije, por defecto. Luego me fijé en que no llevaba abrigo, sino una cazadora de cuero marrón oscura que había conocido tiempos mejores, con la que seguramente se estaría congelando en la calle. Hacía menos de cero grados, era mediados de diciembre. Pero parecía un tipo duro. Aún así, corregí mi frase—. La cazadora.

El tipo se acercó al mostrador, las manos en los bolsillos de la mencionada cazadora, sin hablar, con una media sonrisa ladeada.

Era una sonrisa de complacencia que no presagiaba nada bueno.

—Buenas noches, preciosa —dijo, para mi disgusto. Luego sacó las manos de los bolsillos y las apoyó en el mostrador—. ¿Eres solo la guardarropa, o vas a unirme luego a las... *actividades* del club?

Tenía los ojos grises, del color del mar en invierno, el pelo oscuro un poco largo en la zona del cuello, como si necesitase un corte, la mandíbula cuadrada... suspiré internamente. Era una

pena. Una verdadera lástima.

NO LO HE DICHO ANTES, pero trabajo en un club de sexo llamado “Poison”. En realidad no es que sea un club de sexo, es un club normal, pero algunas personas tienen sexo entre ellas en determinadas zonas del club.

No me pidas que lo explique, porque yo tampoco lo entiendo. Escapa totalmente a mi comprensión. No termino de entender cómo hay gente que puede ir a un club a tener sexo con desconocidos. O con conocidos; me da igual. Y a veces incluso en público. Qué clase de sexo, tampoco lo sé; intento mantenerme al margen. Mucho me temo que soy demasiado tradicional para interesarme por lo que pasa de puertas para adentro.

Pero era un buen trabajo, estaba bien pagado —*muy* bien pagado— y tanto mis compañeros de trabajo como mis jefes eran buena gente, amables y simpáticos.

Además, yo me limitaba a guardar los abrigos, echarpes, bolsos y/o bultos de los clientes. No me aventuraba en el interior del club, ni falta que hacía. No es que tuviese miedo de encontrarme nada desagradable, o de escandalizarme, tampoco soy tan mojigata, pero simplemente procuraba mantenerme al margen.

No juzgaba, pero tampoco me mezclaba.

El caso es que, de vez en cuando, tenía que lidiar con, digamos... *cierto tipo* de tipos, valga la redundancia. Aunque había trabajado en otros clubs de copas “normales”, y sorprendentemente el ratio de idiotas por gente normal era bastante menos alto en *Poison* que en otros sitios. Sería por el dinero que los socios pagaban por entrar; quizás no podían permitirse hacer el tonto y ser expulsados.

—No —le dije al tipo, todo lo secamente que pude —soy solo la guardarropa.

Me sonrió un poco lascivamente.

—No te enfades, guapa. Si quieres luego te invito a una copa...

Después de decir eso se inclinó sobre el mostrador con la mano extendida hacia mi cara. No sabía si iba a tocarme el pelo que llevaba recogido en un moño, la cara, o lo que fuese, pero di un paso atrás.

Me miró a los ojos y siguió sonriendo.

—Estarías más guapa con el pelo suelto.

Y tú con mis tacones clavados en tu escroto, pensé, pero no lo dije.

—Por favor no se acerque —fue lo que dije, seria.

El tipo levantó las palmas de las manos, mofándose de mí.

—No te preocupes, que no muerdo.

Puaj.

Era una lástima que con lo atractivo que era (porque lo era, y *mucho*) fuese un cretino acosador baboso.

Había pasado de un diez, antes de abrir la boca, a un menos dos.

Por fin se dio por vencido y se fue, guiñándome un ojo primero.

Puaj al cuadrado.

En cuanto cruzó la puerta del club me permití un último momento de debilidad: le miré el culo que los vaqueros oscuros le moldeaban a la perfección, y que la cazadora de cuero (que al final no le había guardado) dejaba al descubierto.

Después de quedarme unos momentos lamentándome de que semejante espécimen del sexo masculino estuviese desperdiciado en un baboso, levanté el auricular del teléfono.

Hay una cosa que tengo que decir: los dueños del club, los tipos para los que trabajo, son gente seria y respetable. Bueno, de Paul no estoy segura ni en lo de serio ni en lo de respetable, pero lo que quiero decir es que se toman en serio su trabajo y el club.

Y no pasan ni una.

Eso quiere decir que si identifico a un tipo irrespetuoso (y créeme, no es tan difícil: hay tipos que piensan que un club sexual es un burdel y que con el dinero de la cuota pueden comprar a todas las mujeres que hay dentro, incluidas las trabajadoras) las reglas son que tengo que avisarles para que se deshagan de él lo antes posible.

Cosa que suelo hacer gustosa.

Cosa que hice en aquel momento.

—Gilipollas a la vista —dije, suspirando, cuando Paul descolgó el teléfono al otro lado.

—No me jodas. Tenemos una reunión justo ahora —Paul bufó—. ¿Justo acaba de entrar? —me preguntó, supuse que para leer la identificación de la tarjeta.

—Sí, el último cliente.

—Vale, no te preocupes. En cinco minutos está resuelto.

Colgué el teléfono, tranquilizada y satisfecha. Si Paul me había dicho cinco minutos, eso significaba que en menos de tres él o Mark estarían echando al tipo por la puerta de atrás (más discreto) y desterrándole de por vida del local.

Por eso me sorprendió cuando unos minutos después sonó el teléfono y al descolgarlo me encontré de nuevo con Paul al otro lado, con un todo de voz un poco extraño. Sonaba raro, no a Paul. Estaba como serio y circunspecto. Cosa que nunca era (o estaba).

—Monique —dijo, en su tono extraño—. ¿Puedes subir a las oficinas un momento, por favor?

Fruncí el ceño. Eso no me había pasado nunca.

—¿Hay algún problema? —contesté, escamada.

—Va a salir Amanda a sustituirte en el ropero —dijo, sin responderme—. Espera a que llegue y sube inmediatamente, por favor.

Esta vez colgué el teléfono con un agujero en el estómago. ¿Qué había pasado? ¿Qué estaba pasando?

No me dio tiempo a pensar mucho, porque casi enseguida Amanda, una de las camareras, salió por la puerta que conectaba el vestíbulo con el club.

—Hola —saludó, sonriente—. Me han dicho que te sustituya unos minutos.

—Sí —dije, sin moverme del sitio.

Amanda frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—¿Qué? —*espabila, Monique, pensé. Sea para lo que sea, te están esperando*—. No, no—. Intenté sonreír pero solo me salió una mueca—. Quieren que suba un momento a las oficinas, eso es todo.

—Ah —dijo Amanda, tranquilizándose.

Bueno, que ella no lo viera raro no quería decir que no lo fuera...

* * *

DOS

MONIQUE

*M*enos mal que para subir a las oficinas no hacía falta cruzar el club, se podía ir por unas escaleras traseras que daban directamente al piso de arriba, la zona de administración, sin tener que cruzar toda la pista de baile, el bar y *a saber qué más* que podías encontrarte ahí dentro un sábado por la noche. Prefería no saberlo.

Hasta allí me dirigí, hacia las oficinas, intentando no pensar en nada. Al llegar arriba me di cuenta de que no me habían dicho dónde tenía que ir, pero me imaginé que a la sala de reuniones. ¿O al despacho de Paul? Había dicho que tenían una reunión.

Vi luz en la sala de reuniones, así fui hasta allí y llamé a la puerta.

—Adelante.

Abrí y me encontré con Paul y Mark sentados en sendas sillas giratorias, alrededor de la mesa ovalada. Otro hombre estaba sentado en otra, de espaldas a mí.

Era raro ver a Mark últimamente en el club un sábado por la noche. Llevaba unos meses saliendo con Caroline, que se ocupaba de la administración, y últimamente le había dado por llevar una vida más... *recogida*, por decirlo de alguna manera.

—Monique, pasa —dijo Mark, con su voz grave, sin dejar entrever nada—. Cierra la puerta, por favor.

Así lo hice, y fue entonces cuando el tipo que ocupaba la otra silla, que estaba de espaldas a mí, se giró.

Oh, no.

El imbécil baboso súper atractivo de hacía diez minutos.

Y seguía sonriendo, como si supiese un secreto que yo no sabía.

—Este es Derek —dijo Mark, con cierta impaciencia en la voz—. Derek Callahan, el nuevo socio del club.

Vale, perfecto.

Muy bien.

Estupendo.

Ya podía ir actualizando mi perfil de LinkedIn.

El tipo me sonrió de lado, insolente. Podía ser todo lo socio que quisiera, pero seguía siendo un gilipollas.

—Y tiene algo que decirte —siguió diciendo Mark.

Casi me lo perdí, distraída como estaba en mis pensamientos.

—¿Qué? —le pregunté, extrañada.

—Monique —dijo Derek, levantándose. Era la primera vez que hablaba desde que yo había entrado en el despacho. Se acercó a mí y di un instintivo paso atrás. El gesto no se le escapó ni a Mark ni a Paul, que parecían enfadados, a punto de saltar—. Siento mucho la forma en la que te he hablado hace un momento, en el ropero. Era un test.

—¿Un test? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Una prueba. Antes de cerrar ningún trato para participar en el club, quería... *testear*, llamémosle así, a algunos de los empleados. Ver qué clase de sitio era, qué tipo de empleados tenía.

Si eso era una disculpa... *testear* empleados. Todavía me parecía más gilipollas que antes.

Lo que pensaba debió estar escrito en mi cara, porque el tipo sonrió todavía un poco más, como si mi disgusto le pareciese divertidísimo.

—Otra vez, te pido disculpas. No debería haberte puesto en una situación tan incómoda.

—No. No debería.

Ví que ahora Paul estaba sonriendo, como si le divirtiese nuestro intercambio verbal. Mark, sin embargo, seguía serio. Parecía que, de alguna manera, habían obligado al nuevo socio a disculparse.

Era lo que decía antes: la gente que trabajaba en el club compensaba el tipo de sitio que era. Aunque ahora con el tal Derek Callahan la calidad había bajado también en ese sentido.

Qué se le iba a hacer.

—¿Puedo volver ya a mi puesto? —pregunté, los brazos cruzados, mirando a Paul y Mark.

—No has aceptado mis disculpas —dijo el tipo.

Le miré con hostilidad. Mi nuevo jefe, o por lo menos uno de ellos. Qué le iba a hacer. Evidentemente, nada.

Sonreí falsamente, todo lo falsamente que pude, cosa que no me costó mucho.

—Disculpas aceptadas —dije, entre dientes. Volví a mirar a Paul, que ahora parecía estar aguantándose la risa, y a Mark, que ya no estaba serio, sino que parecía pensativo—. ¿Puedo volver al ropero?

—Por supuesto —dijo Mark, y me guiñó el ojo. Era totalmente diferente a cuando me lo había guiñado Derek. En Mark era signo de complicidad y respeto. Le sonreí, luego a Paul, y me fui por donde había venido, sin ni siquiera volver a mirar a Derek.

Derek.

Hasta el nombre era atractivo.

Qué desperdicio.

* * *

TRES

MONIQUE

Fue una hora después cuando volví a ver al tipo. No tenía más remedio, y llevaba un rato preparándome para ello: sabía que para irse del club tenía que pasar por la puerta principal. Podía salir por la puerta de atrás, pero a no ser que hubiese aparcado allí —y no tenía pinta, habiendo entrado previamente por la entrada principal— no tenía sentido. La puerta trasera daba directamente al aparcamiento de empleados y a una callejuela.

Así que sí, llevaba ya un rato anticipando nuestro segundo encuentro de la noche.

No sabía cuándo iba a producirse —quién sabe, igual además de *testear* a empleadas también quería *testear* a las clientas del club— pero daba lo mismo, porque mi turno terminaba cuando cerraba el club.

Me quedaba allí hasta que entregaba el último abrigo.

EL TIPO SALIÓ por la puerta que conectaba el vestíbulo con el club, y se acercó al mostrador.

No podía haberse marchado sin más, no. Tenía que interactuar.

Suspiré.

Me miró como si supiera qué estaba pensando. Lo cual no era muy difícil, porque no estaba haciendo ningún esfuerzo por ocultarlo.

—Tengo la sensación de que hemos empezado con mal pie —dijo.

No me digas, pensé.

Se me ocurrieron un montón de respuestas, a cual más ingeniosa, pero también se me ocurrió de repente que no me convenía estar a malas con un futuro dueño del club. Tampoco era idiota.

Se acercó un poco más. Aunque nos separaba el mostrador, podía oler su colonia, o aftershave, o lo que fuera: una mezcla de madera, sándalo... no sé lo que era, pero olía muy bien.

De todas formas me quedé muy recta, sin hacer ni decir nada, pendiente de cuál iba a ser su siguiente paso.

—¿No tienes pinta de divertirme mucho, verdad?

Le miré a los ojos.

¿En serio? ¿Se podía ser más *cliché*? Ahora empezaría a decirme que necesitaba soltarme el pelo, que él podía ayudarme a relajarme, que *blablabla*.

Con lo atractivo que era, era una pena que fuese tan poco original.

Como no tenía ganas de responder nada, no lo hice.

—Quizás no eres como las mujeres que hay ahí dentro... —dijo, y supe que se refería al club —. Quizás eres de las que necesita un poco de romance, ser seducida...

Vale. Suficiente.

A lo mejor yo no entendía el funcionamiento del club, o a la gente que se hacía miembro. Quizás yo no valía para eso. Pero no me gustaba ni un pelo cómo se había referido a “las mujeres que hay ahí dentro...”

Era una opción tan respetable como cualquier otra. Y además, eran exactamente iguales a “los hombres que había ahí dentro”.

De hecho, *Poison* era uno de los sitios más seguros de la ciudad para conocer gente, con todas las investigaciones de antecedentes que hacían Mark y Paul antes de aceptar a un miembro nuevo.

Y si Derek no entendía eso, no sabía qué hacía participando en el negocio, la verdad.

—Eso es una generalización, y además bastante injusta —le dije, sin poder contenerme. Y sin querer contenerme—. Algunas de las “mujeres que hay ahí dentro” necesitarán romance, otras no. Algunas necesitarán seducción, otras no. Exactamente igual que las mujeres que hay “ahí fuera”. Y exactamente igual que los hombres que hay ahí dentro, y ahí fuera. Y otra cosa —dije, inclinándome sobre el mostrador. Ya que estaba en racha, no me iba a parar ahí—: que sea una profesional que mantiene su profesionalidad en el puesto de trabajo, no significa que no sepa divertirme. Que no me gusten sus avances, no significa que no sepa divertirme. Que lleve un moño para trabajar, no significa que no sepa divertirme. Y no, gracias —volví a ponerme recta y crucé los brazos sobre el pecho—. No necesito romance, ni lo necesito ni lo quiero. Ni que nadie me seduzca. Lo único que quiero es que me deje en paz. Si no es mucha molestia, Mr. Callahan.

Levantó las manos en señal de rendición. También cambió su mirada, de seductora e invitante pasó a ser neutral.

—Lo siento. No era mi intención molestarte —le miré entrecerrando los ojos... ¿en serio?—. No volverá a pasar —dijo, se dio la vuelta y salió por la puerta, sin decir nada más.

Le vi marchar y me quedé mirando la puerta unos minutos, sin saber por qué.

Me revolví, incómoda.

Vale. Había hecho lo que le había dicho. Me había dejado en paz, por fin.

Entonces, ¿por qué me sentía mal?

* * *

CUATRO

MONIQUE

En una cosa tenía razón Derek, y era algo que me había dolido bastante, aunque había conseguido apartarlo de mi mente hasta llegar a casa, casi a las cuatro de la mañana, exhausta.

No sabía divertirme.

No es que no supiese. Es que nunca lo había hecho; no realmente.

Siempre había hecho lo que me habían dicho, lo que se esperaba de mí: la que mejores notas sacaba en el internado religioso al que mis padres me habían enviado.

Me había casado con William Hiddleston. Había sido decisión mía, de eso estaba segura, pero había sido con la aprobación de mis padres.

No estaba segura de si me habría casado con él si no le hubiesen dado antes el visto bueno.

Bueno para mí, bueno para el negocio familiar.

Había dejado las prácticas que estaba haciendo en un departamento de publicidad —era lo que había estudiado—, como se esperaba de mí, para pasar a entretener... organizar fiestas, acudir a actos benéficos.

Sabía cómo hacerlo. Era la vida de mi madre, de mis padres, les había visto hacerlo toda mi vida.

Y a los treinta y cinco años había sido convenientemente reemplazada por el siguiente modelo de Señora Hiddleston, una joven de veinticuatro —qué curioso, los mismos que tenía yo cuando me casé con Will— que provenía exactamente de los mismos círculos que yo.

Lo peor de todo no era estar divorciada a los treinta y seis, teniendo que trabajar de guardarropa en un club nocturno para sobrevivir.

Lo peor de todo era que nada de aquello me sorprendió, ni me importó demasiado.

Lo único sorprendente era que Will hubiese decidido sacar a su amante a la luz, en vez de seguir a escondidas, y escoger a alguien más adecuado para el puesto, por ejemplo a su secretaria, a la que sabía de buena tinta que también se tiraba.

Al fin y al cabo, era lo que se solía hacer.

Pero no: se había “enamorado”, o eso dijo, así que hizo lo que prácticamente nadie en nuestros círculos hacía: reemplazar el modelo viejo por el nuevo, en vez de seguir con el nuevo a escondidas.

Mis padres lo consideraron una humillación para ellos, aunque la abandonada era yo. Y era culpa mía, por supuesto; algo habría hecho mal. *No vamos a poder asomar la cabeza por el club de campo en meses, dijeron. Nuestra hija, divorciada.* Y además divorciada del heredero de un

imperio inmobiliario.

A sus ojos había perdido mi posición y todo mi estatus. Y su favor, también, de paso.

Luego estaba mis supuestas amigas, todas falsas, de cartón piedra, que también me habían abandonado, mientras se hacían amigas de mi recambio a mis espaldas.

A mí me daba exactamente igual. Y eso era lo que más miedo me daba.

Estuve como anestesiada durante todo el proceso de divorcio. Debería haberle sacado hasta la sangre, me dijo mi abogado, y vivir como una reina el resto de mi vida sin dar palo al agua.

Quizás sí. Pero no quería un divorcio largo y escandaloso. Quería uno corto e indoloro.

Así que acepté el apartamento de la ciudad en compensación —mucho me temía que había sido el picadero particular de mi marido, pero me daba igual—, él se quedó con todo lo demás, incluida la casa de cinco habitaciones que de todas formas nunca me había gustado, y disolvimos todo el asunto.

Lo que no me atrevía a reconocer, casi ni ante mí misma, era que estaba aliviada. Secretamente aliviada. Liberada. Aborrecía mi vida, y ni siquiera lo sabía. No me había dado cuenta hasta entonces.

De repente vi una salida, y era como haber vuelto a nacer.

Había desaparecido totalmente de todos los círculos de mis padres, de todos los ambientes que frecuentaba durante mi matrimonio. También había dejado de acudir a las cenas semanales en casa de mis padres, porque siempre intentaban emparejarme con alguien. Siempre había un soltero, divorciado o viudo de su círculo de influencia a quien invitaban a cenar con nosotros, para metérmelo por los ojos, y se había vuelto tedioso y repetitivo.

El único problema era que todavía no había sustituido mi antigua vida con nada.

Estaba tan ocupada disfrutando de cosas que no había podido hacer nunca, como quedarme un domingo entero tirada en el sofá comiendo ganchitos y viendo la tele, que mi vida estaba pasando a toda velocidad sin darme cuenta.

Me había quedado en una especie de limbo. Y no era que no supiese divertirme, como dijo Derek, (que también): era que me había olvidado de vivir.

* * *

CINCO

MONIQUE

Derek cumplió su palabra. Me dejó en paz.
De hecho, no le vi al día siguiente.
Ni al siguiente.

Ni al siguiente.

Al principio tenía miedo de que mi puesto de trabajo peligrara. Quizás no debería haber sido tan ruda, podía haber tenido un poco más de tacto... al fin y al cabo era uno de los dueños, o iba a serlo. No sé, estaba llena de dudas. Quizás seguía “testeándome” y creía que no tenía mano izquierda para tratar a los clientes... aunque sinceramente, nunca había tenido ningún problema ni queja en ese sentido.

Estaba dispuesta a pelear por mi trabajo como gato panza arriba, llegado el caso. Además, sabía que Mark y Paul estaban de mi parte.

Pero no hizo falta.

No volví a saber nada de Derek, ni a verle. No sabía si era que no había vuelto al club, si estaba fuera de la ciudad, si entraba por la puerta de atrás...

Las noticias sobre el nuevo dueño se había extendido, y circulaban todo tipo de rumores sobre él. Más que nada era gente intentando averiguar de dónde venía, quién era, algo de su vida.

Pero nadie sabía nada.

Me imaginé que no había vuelto al club, porque si no alguno de los camareros lo habría mencionado.

Podría decir que me había olvidado de su existencia, pero era falso.

Primero, porque la gente no dejaba de hablar de él, aunque fuese poco lo que se supiera.

Y segundo, porque no podía quitarme nuestra interacción de la cabeza. No podía dejar de pensar en que quizás podía haber hecho algo diferente... también era verdad que cuanto más tiempo pasaba, más atractivo y menos gilipollas se volvía en mi cabeza.

Pero fuese cual fuese el motivo, no podía dejar de pensar en él.

Por eso aquel sábado por la noche, tres semanas después de nuestro primer encuentro, cuando le vi aparecer por la puerta del club, se me salió el corazón por la boca.

Me duró poco la impresión, también tengo que decirlo. Sobre todo cuando le vi sujetar la puerta y le oí decir, en tono juguetón:

—Adelante, chicas.

Dos mujeres cruzaron la puerta que Derek estaba sujetando. Espectaculares, eso tenía que concedérselo. Tenían que ser, a la fuerza, modelos de ropa interior o alguna profesión relacionada,

porque mantener aquellos físicos no era fácil y requería unas horas al día y un nivel de control que nadie que no viviese de ello podía permitirse.

Llevaban vestidos ceñidos, pero no en plan mal gusto, en plan modelo de pasarelas y vestidos que costaban un riñón. Modelos de pasarela pero con más carne, por eso se me había ocurrido lo de modelos de ropa interior. Eran altas, casi tanto como Derek, pero llevaban unos tacones de escándalo. También los tacones costaban una pasta, lo sabía porque yo tenía varios de la misma marca, herencia de mi antigua vida.

Una de las chicas era rubia, con el pelo cayendo en ondas, rubio platino en diferentes tonos, un pelo espectacular. La otra era morena, el pelo liso cayendo como una tabla sobre su espalda.

Y las dos llevaban sendos abrigos de piel que me hicieron torcer el gesto. Eran preciosos, eso sí.

Pero mi opinión sobre los abrigos de piel era la que era.

Pasaron por la puerta, e inmediatamente se cogieron cada una de un brazo de Derek.

Puaj.

Así, los tres juntitos, se acercaron a mi mostrador.

—Buenas noches —dije, sonriendo, con mi voz más profesional—. ¿Desean que les guarde los abrigos?

Las chicas —porque eran jóvenes, no les echaba más de veintitrés o veinticuatro años, o incluso veintidós— ni siquiera repararon en mi presencia, como si no existiera. No me contestaron. Simplemente se quitaron los abrigos y los tiraron encima del mostrador, como si estuvieran acostumbradas a que la gente las sirviese y fuese recogiendo todo a su paso.

—Que pasen buena noche —dije, como era de rigor.

Esta vez tampoco contestaron, pero emitieron unas risitas infantiles.

Abrieron la puerta del club, y una ráfaga de música y conversaciones se coló hasta el vestíbulo. Sabía que Derek me estaba mirando, pero no sabía con qué expresión ni cómo, porque no hice contacto visual en ningún momento.

Entré al ropero a dejar los abrigos y cuando salí ya no estaban.

Era curioso. Llevaba tres semanas sin ver a Derek, en mi mente ya había empezado a transformarle, a disculparle, y solo tres minutos habían bastado para confirmarme que efectivamente era un gilipollas.

Y lo que era más curioso era que ahora me sentía peor que antes.

Revuelta por dentro. Como si algo me hubiese sentado mal. No podía decir que estaba decepcionada, porque su comportamiento casaba con lo que había visto hasta entonces, pero sin embargo lo estaba.

Decepcionada.

Dolida, incluso. Y no sabía por qué.

* * *

SEIS

MONIQUE

Una hora después, lo que estaba era cabreada.
Intensamente cabreada.

Uno de los camareros había salido a sustituirme porque decía que Derek había pedido que les subiesen los abrigos a sus acompañantes.

Yo. Yo tenía que subirles, personalmente, los abrigos a sus acompañantes.

¿Dónde? A la planta de arriba. Donde estaban las habitaciones.

Menos mal que no tenía que entrar en ninguna de ellas. Estaban en los sofás, en la zona del fondo, me había dicho Tom, el camarero jovencito que había venido a darme el recado. Parecía avergonzado, el pobre, sobre todo cuando empecé a asarle a preguntas.

—¿Cómo que tengo que subirles los abrigos?

El pobre se encogió de hombros.

—Lo siento, es lo que me ha dicho, justo antes de que les llevase las bebidas... me ha dicho, dile a Monique que suba los abrigos de las señoritas...

Le miré con ojos furibundos.

—Es que no sé qué más decirte...—. Parecía agobiado.

—No te preocupes —suspiré, y me re Coloqué el moño—. No es culpa tuya. Es de Mr. Callahan.

Entré a por los abrigos al ropero, y salí con uno en cada brazo, con un humor de perros.

Tenía un cabreo tal que al pasar por la planta principal del club, con los dos abrigos de piel, que abultaban más que yo, la gente se apartaba a mi paso, como si irradiase ondas de cabreo.

Subí las escaleras a toda pastilla, hasta el punto de que al llegar arriba tuve que pararme a respirar para recuperar el aliento.

Encima los abrigos tampoco pesaban poco, precisamente.

Era una pena que a nadie se le hubiese caído una copa encima. Pero mejor no; por si acaso encima me tocaba pagar la limpieza a mí...

ABRÍ la puerta de la planta de arriba, y tuve que parpadear unas cuantas veces antes de avanzar, porque no se veía absolutamente nada.

Solo las luces en el suelo, delimitando el pasillo.

Aunque cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, la verdad, habría preferido seguir

ciega...

Había bultos moviéndose en la zona de los sofás. Si me fijaba podía distinguir formas y personas, pero sinceramente, no me fijé.

Luego, a la izquierda, había unas cristaleras, y al pasar por una de ellas me encontré con una escena de sexo en vivo.

Con varias personas participando.

Bajé la vista al suelo, roja hasta la raíz del pelo, mientras avanzaba con los abrigos en la mano.

Todo aquello contribuyó a aumentar mi cabreo. Yo estaba trabajando allí. Trabajando. Y mi trabajo no incluía tener que pasar por allí, estar allí. Era mi jornada de trabajo.

Y yo pasaba mi jornada de trabajo detrás de un mostrador. Era la guardarropa.

No había firmado para *eso*.

En un momento dado me di cuenta de que tenía que levantar la vista, si quería ver dónde estaba Derek con las mujeres y dejarles los abrigos del demonio.

Pero no me hizo falta, porque justo en ese momento escuché unas risitas inconfundibles.

Levanté la vista del suelo y parpadeé unas cuantas veces.

Y la verdad, prefería no haberlo hecho.

Derek. Derek, en un sofá, con una mujer a cada lado. Tenía la mano bajo la falda de una de ellas —la rubia— mientras la otra —la morena— le desabrochaba la camisa y le metía la mano por dentro.

Pude ver un trozo de abdominales morenos.

Abdominales. Tableta de chocolate. Bronceados.

No sé por qué, aquello me cabreó todavía más. Estaba tan enfadada que me pregunté cómo era posible que no me saliese humo de las orejas, como si fuese una olla a presión.

TIRÉ los abrigos de piel encima del sofá, al lado de una de las mujeres semidesnudas.

Los tres se sobresaltaron.

—No soy tu criada particular —dije, apretando los dientes—. La siguiente vez que quieras un abrigo, bajas a por él.

Paseé la vista por el grupo con todo el desprecio que pude reunir en mi mirada.

Luego me di la vuelta y me fui, no sin antes escuchar a una de las mujeres preguntar en voz alta: “¿Vas a permitir que te hable así? ¿No decías que eras el dueño?”

Bufé en mi camino hacia la puerta. Encima fardando para conseguir mujeres.

Patético.

Pero aquello se acababa allí, en aquel momento. No iba a volver a abandonar mi puesto, no iba a volver a permitir ni una sola falta de respeto más de parte de Derek o de ninguna de sus acompañantes.

Iba a hablar con Mark y Paul inmediatamente, e iba a...

Respiré hondo.

Calma.

Calma. No pienses. Me concentré simplemente en cruzar el club, rechazando las invitaciones de la gente que pensaban que estaba allí para pasar el rato, como ellos, que no sabían que era una de las empleadas. No tenían por qué saberlo, por otra parte; estaba fuera de mi puesto de trabajo y no llevaba ningún tipo de uniforme, solo mi acostumbrado atuendo de falda tubo hasta la rodilla negra y camisa de satén color crema.

Llegué al recibidor, relevé al camarero de su tarea, me puse detrás del mostrador y respiré hondo.

Una vez, dos.

Vale. Pensándolo fríamente, Derek no me había faltado al respeto. No había sido correcto que me ordenase subir los abrigos a sus dueñas personalmente, a la planta de arriba, eso sí. Pero con informarle que eso no era lo adecuado, que no podía dejar el ropero desatendido y que llevar los abrigos hasta dentro del club no entraba en las funciones de mi puesto de trabajo, era suficiente.

Quizás había reaccionado exageradamente.

¿Lo había hecho?

Me dio rabia que Derek siempre tuviese ese efecto en mí, que siempre acabase dudando de mí misma.

Estaba todavía bufando cuando la puerta que conectaba el recibidor con el club se abrió de repente y por ella salieron atropelladamente las dos mujeres de antes, las que hasta hacía unos minutos estaban ocupadas metiéndole mano a Derek.

Tenían los abrigos a medio poner, una de ellas llevaba las medias en la mano, y no parecían muy contentas.

La rubia ni siquiera miró en mi dirección, pero la otra —la morena— cruzó el vestíbulo mirándome intensamente con cara de odio, hasta que llegaron a la puerta exterior y desaparecieron por ella.

Levanté las cejas. Eso sí que no me lo esperaba.

¿Qué había pasado?

El asunto empezaba a complicarse.

* * *

SIETE

DEREK

Estaba sentado a la barra circular del club, ahogando mis penas. Había metido la pata, y no una vez, sino dos. Y las que me quedaban.

No sé qué me pasaba con Monique. Mark me lo había preguntado, en términos nada amigables (*¿se puede saber qué cojones te pasa con Monique?*) y no había sabido responderle.

No, no sabía *qué cojones* me pasaba con Monique.

Le pegué un trago a mi whisky.

La deseaba desde antes de saber su nombre, pero después fue todavía peor. No podía quitármelo de la cabeza: *Monique*. El nombre del pecado.

El primer día que llegué no estaba poniendo a prueba a los empleados, como le dije. Supuse que Mark y Paul sabían a quién contrataban, a quién tenían trabajando allí.

Pero me había comportado como un gilipollas, y había decidido tapanlo con una excusa estúpida. No es algo que suele hacer. Comportarme como un gilipollas, digo. Entonces, ¿por qué lo había hecho?

Ni yo era capaz de explicar lo que me había pasado. Solo sabía que nada más entrar por la puerta del club me había topado con Monique, una visión celestial detrás del mostrador del ropero, y fue como si me hubiesen pegado un puñetazo en el estómago.

Me dejó sin respiración. El pelo castaño recogido en un moño bajo, aunque no podía estar seguro del color: la iluminación en el vestíbulo era tenue, para conservar el ambiente íntimo del club. Los ojos eran claros y enormes, de pestañas espesas, y lo que me había vuelto loco: unos labios gruesos color cereza y unas curvas de infarto: cintura estrecha, caderas generosas, unas tetas que parecían querer escapar desesperadamente de la blusa de satén color crema que llevaba puesta. Luego estaba la falda de tubo negra, en tensión sobre su culo también generoso. Cuando se movía... *dios*, era un sueño húmedo solo verla andar. La hice enfadar solo para oír su voz, grave; voz de dormitorio.

Sentí una necesidad física, brutal, repentina: como si estuviese en el desierto y Monique fuese la última gota de agua. Quería desabrocharle los dos primeros botones de la blusa, los que se tensaban con la presión del sujetador. Quería soltarle el pelo y enredarlo en mi mano para tirar de él y poder morder su cuello expuesto... saber cómo se sentía sobre mis muslos mientras mi polla entraba y salía de su boca.

Sin embargo, parecía que la atracción no había sido mutua. Se quedó allí, detrás del mostrador, fría y distante. Tampoco la culpaba, con la cantidad de estupideces que habían salido de mi boca. Quería... no sabía lo que quería. Obtener alguna respuesta. Agitarla. Que me gritase,

que se enfadase; cualquier cosa. Sacarla de quicio.

Provocar una reacción por su parte, algo que me diese alguna pista. Algo que indicase que le importaba, que ella también sentía aquella atracción absurda.

Del episodio de los abrigos prefería ni acordarme. Cerré los ojos un instante y le pegué otro trago a mi whisky. No había sido mi momento más brillante.

Cuando estaba alrededor de Monique no era racional. Me comportaba como un gilipollas, y lo peor era que lo sabía, pero no podía evitarlo.

Me estaba comportando como un niño de parvulario. Solo me faltaba tirarle de las coletas.

Me terminé el vaso de whisky de un trago.

—Otro —le dije a la chica detrás de la barra, una rubia joven con coleta que me miró con aprensión.

Eso era a lo que estaba acostumbrado, a darle miedo a la gente. No sabía si era por el aspecto, o simplemente había pasado tantos años trabajando dieciséis horas al día para levantar mi firma de inversiones, siendo agresivo con los competidores, cerrando tratos (era un negocio brutal) que ahora no sabía cambiar a modo normal. Modo persona normal llevando una vida normal.

No sabía lo que era, pero la única verdad era que me sentía atraído por Monique (por decirlo suavemente) y lo estaba llevando mal, muy mal.

* * *

OCHO

MONIQUE

Tengo que reconocer que la súbita partida de las dos modelos (no sabía si eran modelos o no, pero era así como me iba a referir a ellas a partir de entonces) me había subido un poco el ánimo y la moral. La noche pasó de lo más tranquila, cogí chaquetas, entregué chaquetas; más o menos lo que hacía todas las noches, no había ninguna novedad. No era tampoco ingeniería nuclear.

Hasta que, un par de horas después de todo el episodio, hacia la una de la mañana, Derek apareció por la puerta que comunicaba el vestíbulo con el club.

—Monique.

No me gustó cómo dijo mi nombre, precisamente porque me gustó demasiado cómo lo dijo. Con aquella voz ronca con la que estaba segura de que iba a soñar cualquiera de aquellas noches.

Me entraron ganas de llorar, de repente, sin avisar.

Me sentía humillada. Pequeña. A merced de los caprichos de Derek, de los comentarios de las mujeres de los abrigos.

Ojalá pudiese abandonar ese trabajo, en ese mismo instante. Ojalá tuviese un colchón económico, alguien en quien apoyarme, algo que hiciese posible poder salir por la puerta sin mirar atrás.

Porque eso era lo que más me apetecía en ese momento.

Lo que quería hacer con desesperación.

—Monique —repitió Derek, esta vez con algo más de autoridad.

—Qué —respondí por fin, haciendo como que ordenaba la parte interior del mostrador, donde tenía unas baldas pequeñas con algunos útiles de oficina, el móvil y una botella de agua.

—Lo siento —dijo de repente, y levanté la cabeza porque eso era inquietante.

Inquietante por el tono de voz normal, sin sarcasmos ni dobles intenciones, que me afectaba más de lo que creía, e inquietante por las disculpas, que no me esperaba

—No tenía que haberte hecho subir arriba, no es tu trabajo.

Suspiré. No sabía qué hacer con un Derek amable. Ya tenía bastante trabajo con un Derek desagradable.

—No tiene importancia, Mr. Callahan —dije, para zanjar el tema.

—Deja el Mr. Callahan. Puedes llamarme Derek.

No, no podía llamarle Derek. Tenía que poner espacio entre nosotros, y el Mr. Callahan era una forma de hacerlo.

—No puedo llamarle Derek.

—¿Por qué no?

—Es mi jefe.

Sacó un cigarrillo y un encendedor directamente del bolsillo interior de la chaqueta. Supuse que tenía el paquete allí metido.

—No se puede fumar aquí dentro.

Se quedó con el cigarrillo en los labios, el mechero encendido a medio camino. Me miró medio segundo y luego lo encendió. Expulsó una bocanada de humo.

—¿No dices que soy tu jefe? Puedo fumar donde quiera, entonces.

—Son las normas —dije, pero me encogí de hombros. Sinceramente, no era yo quien iba a pagar la multa si le pillaban... me daba igual.

—Las normas —repitió, mirándome fijamente a través de la nube de humo del cigarrillo.

No se movió. Yo seguí detrás del mostrador, las manos enlazadas delante de mí. No sabía exactamente adónde quería llegar.

Dio un paso hacia mí, y aunque estábamos separados por el mostrador, estaba demasiado cerca. Podía oler su aftershave, o colonia, o lo que fuese.

Demasiado cerca.

Me contuve para no dar un paso atrás y parecer una cobarde.

—Tú también lo sientes —dijo, en un susurro ronco.

Tragué saliva.

Si se refería a la electricidad estática en el ambiente cada vez que estábamos a menos de dos metros, sí. Pero había decidido ignorarlo.

—No sé de qué habla, Mr. Callahan.

Había decidido mantener las distancias.

Derek no apartó los ojos de mí. Me pasé la lengua por los labios, nerviosa.

—No puedes esconderte siempre detrás del mostrador. Lo sabes, ¿verdad?

Claro que puedo, pensé, pero no dije nada. Me quedé mirando sus ojos grises, como el mar en medio de una tormenta.

Exhaló otra bocanada de humo.

—A Mark y a Paul les llamas por sus nombres, y también son tus jefes.

—Les conozco y respeto desde hace mucho tiempo.

—¿A mí no me respetas?

—No le conozco.

—No —Derek dio un paso atrás, sin dejar de mirarme—. No me conoces.

Y algo me decía que quizás fuese mejor así.

Entonces, sin decir ni adiós ni nada más, se dio la vuelta y salió por la puerta.

* * *

NUEVE

MONIQUE

*N*o puedes ocultarte siempre detrás del mostrador.
Las palabras de Derek resonaron en mi cabeza.

Cogí el móvil de la mesita de noche para mirar la hora: las 4:30 de la mañana. No lograba acostumbrarme al horario nocturno del club, da igual cuánto tiempo llevase trabajando allí, y era ya casi un año.

No sabía por qué me afectaba tanto Derek.

Empecé a dar vueltas en la cama. Me pesaba el edredón, me pesaba todo. Casi podía oler la colonia de Derek, o el aftershave, o lo que fuera a lo que oliese. Casi podía escuchar su voz acariciándome la piel, la barba de un día raspándome en la curva de mi cuello...

No podía quitarme la imagen de sus abdominales de la cabeza, lo poco que había podido ver cuando una de las mujeres le había desabrochado la camisa. Sus manos de dedos largos bajo la falda de una de ellas...

Basta.

Tenía que dormir, o si no al día siguiente iba a tener que arrastrarme hasta el trabajo, con unas ojeras hasta el suelo.

Y solo había una forma de dormir. Suspiré, y me di por vencida.

Alargué la mano en la oscuridad y abrí el cajón de la mesita de noche que tenía a mi derecha.

Palpé hasta encontrar la funda con mi vibrador. Me había costado tres meses reunir el valor para pedirlo por internet.

Era tarde y lo único que quería era dormir, que el camisón dejase de pegárseme a las piernas.

Cerré los ojos y volví a ver a Derek como aquella noche, sentado en el sofá, las piernas y la camisa abierta, un vaso con un líquido ámbar en la mano, con su media sonrisa. El pelo oscuro revuelto, la barba de un día, la nariz ligeramente torcida hacia la izquierda, como si alguien se la hubiese roto en algún momento de su vida.

Volví a ver a Derek como aquella noche, pero en mi fantasía no tenía una mujer semidesnuda a cada lado, y esta vez me estaba sonriendo a mí, con su media sonrisa ladeada.

Me acercaba hasta él, esta vez sin los abrigos, y yo también le sonreía.

Las personas de mi alrededor ya no me parecían enfermas, teniendo sexo en público. Escuché los gemidos y jadeos; noté la humedad entre las piernas.

En mi imaginación, llegaba hasta Derek y me paraba frente a él. Me levantaba la falda lentamente, deslizándola hacia arriba sobre los muslos, para revelar que no llevaba ropa interior.

Derek dejaba de sonreír y tragaba saliva. El bulto de su erección se hacía visible a través de

la tela de los pantalones.

—*¿Ves? Rendirse es lo mejor. Merece la pena rendirse* —dijo el Derek de mi fantasía.

Empujé el consolador dentro de mí, poco a poco. Estaba tan húmeda que no me hizo falta lubricante ni ninguna preparación, el vibrador se deslizó dentro de mí con facilidad.

Le di al botón de la base y el consolador empezó a vibrar dentro de mí, la lengüeta que iba sobre el clítoris vibrando también.

Me mordí el labio y empecé a gemir, cerrando los ojos con fuerza.

En mi mente me senté encima de Derek, y era él, sin palabras, quien me cogía de las caderas y me movía arriba y abajo, cada vez más rápido.

El orgasmo fue casi instantáneo, rápido y brutal, agitándome por dentro, hasta el punto de que me arqueé en la cama y empecé a gritar, sin pensar en los vecinos ni en nada más.

No había necesitado ni treinta segundos.

No podía engañarme más: ese era el efecto que Derek tenía en mí. Pero daba igual, podía fantasear todo lo que quisiera, *no iba a pasar*.

No iba a pasar.

Dejé el consolador encima de la mesita. Me quedé desmadejada encima de la cama, sin fuerzas después del orgasmo, y antes de darme cuenta estaba dormida.

* * *

DIEZ

MONIQUE

Un par de días después, el lunes (un día tranquilo), estaba aburrida mirando peinados en Pinterest —estaba *muy aburrida*— cuando se abrió la puerta que daba al club y apareció la cabeza de Amanda.

—¿Qué quieres de beber? —dijo su cabeza.

No pude evitar sonreír.

—Nada, gracias... no puedo beber en mi puesto de trabajo.

Puso los ojos en blanco, o eso me pareció, con la poca luz que había en el vestíbulo.

—Me ha dicho Paul que te pregunte, tranquila. ¿Qué va a ser, entonces?

Me quedé unos segundos pensando. Lo correcto sería pedir una botella de agua mineral, para no parecer una aprovechada, pero ya tenía una debajo del mostrador... quizás un refresco, pero las burbujas me daban hipo, y no quería nada con caféina ni excesiva azúcar a aquellas horas.

Debía haber tardado demasiado en responder, porque Amanda se cansó y dijo:

—¿Sabes qué? No importa. Déjame sorprenderte.

Antes de que me diese tiempo a hablar de nuevo, su cabeza había desaparecido y la puerta se había cerrado.

—¿PIÑA colada? —dije, después de tomar un sorbo de lo que Amanda me había traído al final.

La miré y levanté las cejas. Se encogió de hombros.

—Es diciembre, y está helando en la calle. Si no podemos escaparnos a ninguna playa... qué menos que traer la playa aquí.

Los lunes eran lentos de por sí, pero los lunes de diciembre, y encima con aquel tiempo... no era ninguna sorpresa que lo último en la cabeza de la gente fuese ir a un club a copular.

Amanda tomó un sorbo de su bebida, y abrió la boca para hablar. Luego la cerró. Parecía que quería decir algo, pero no se decidía.

—No nos conocemos mucho —dijo por fin.

No, eso era verdad. Pero toda la gente que trabajaba allí era amable, y se podía tener una conversación de vez en cuando.

—Me he enterado de lo que pasó el otro día con los abrigos y Derek —dijo—. No estuvo nada bien. Mark y Paul le cantaron las cuarenta. Aparte, parece ser que se deshizo de las chicas de los abrigos nada más irte tú.

—¿Cómo lo sabes?

—Ned estaba arriba recogiendo vasos. Las chicas hicieron algún comentario de mal gusto sobre ti, Derek se puso furioso y las echó.

Todo el mundo que trabajaba allí era amable y simpático, pero los cotilleos campaban a sus anchas. A la gente le encantaba hablar.

—Paul también me contó lo de... el primer día —siguió diciendo Amanda.

—No parece que hayamos empezado con buen pie —dije, teniendo cuidado. Amanda no dejaba de ser la pareja de Paul. Era un secreto a voces, todo el mundo lo sabía. No es que diesen muchas muestras en público, aparte de algún gesto, pero además Paul había dejado de perseguir mujeres como si le fuera la vida en ello. No había otra explicación.

—¿Sabes lo que necesitas? Una noche por ahí, de copas, bailando. Una noche de chicas. ¿Qué te parece?

Intenté pensar en la última vez que había salido de copas... ¿en la universidad, quizás? Ni me acordaba. Antes de casarme con William, eso seguro. Después de casarme se había acabado la diversión, y mi vida.

—¿Una noche de chicas? —pregunté.

—Carol, Chloe, yo. El siguiente día libre que tengamos, le podemos pedir a Paul que los haga coincidir.

Una noche de chicas, sin preocupaciones, sin pensar en Derek... No parecía mala idea. Quizás era eso lo que necesitaba: distraerme.

* * *

ONCE

MONIQUE

La “noche de chicas” había sido un gran, gran error. O a lo mejor el error había sido beber. Vaya por delante que no estoy acostumbrada. Quizás no debería haberlo hecho. Había empezado la noche bastante moderada, sujetando mi *cosmopolitan* durante más tiempo del necesario, cuando mis acompañantes iban ya por la tercera o cuarta copa.

Pero hacía mucho tiempo que no salía, y aunque no conocía bien ni a Amanda ni a Caroline, y menos a Chloe, me estaba divirtiendo. Me habían adoptado nada más llegar al pub donde habíamos quedado. Luego, al principio de la noche, sentadas a una mesa, me habían hecho confesar todo mi oscuro pasado, literalmente: eso fue lo que dijo Amanda, “cuéntanos tu oscuro pasado, ¡no sabemos nada de ti!”.

Así que, casi sin darme cuenta, acabé contándoles toda mi vida, mi divorcio, los cuernos que me ponía William, mi familia fría y horrible, todo.

Era como si en vez de un *cosmopolitan* en la mano tuviese el suero de la verdad.

Eso sí, una vez escupí todo el veneno, me sentí ligera, como si me hubiese quitado un peso de encima. Hasta respiraba mejor.

—¿Qué es lo que te pasa con Derek? —preguntó Amanda, en un momento dado.

—No es que me pase nada —tomé un trago de mi copa—. Solo es... no lo sé. Me pican las palmas de las manos cuando está cerca.

Chloe levantó una ceja.

—¿Solo las palmas de las manos?

Después de diseccionarla durante casi toda la noche, habíamos concluido que la reacción que tenía con respecto a Derek era más fruto de mi abstinencia sexual que de otra cosa. Llevaba tanto tiempo sin tener sexo que ni me acordaba de la última vez.

Había sido con William, antes de divorciarme, eso seguro.

Teniendo en cuenta que mi matrimonio hacía aguas casi desde el minuto uno, y que William tenía un suministro infinito de sexo, no le hacía falta tenerlo conmigo.

Así que no, no me acordaba.

Cuando más cómoda me sentía, más bebía.

Pasamos por varios garitos hasta terminar en uno moderno, con una música que no me gustaba nada. Era como hip-hop o algo así.

El hombre me miraba desde el otro extremo de la barra, cuando fui a pedir.

No era el primero de la noche que fijaba su atención en mí. Quizás era porque se parecía un

poco a Derek, o porque ya llevaba unas cuantas copas, pero le devolví la mirada y le sonreí.

O simplemente podía ser porque había aparecido en el momento justo.

No planeé mis siguientes movimientos. Ni los planeé ni los pensé. Simplemente llegué con las bebidas hasta la mesa alta alrededor de la cual estaban mis amigas, y después de dejar los vasos encima de la mesa dije “voy un momento al baño”.

Hacía calor en aquel local, noté una gota de sudor resbalar por mi escote. La música y las luces girando, la masa de gente que tuve que cruzar para avanzar tampoco ayudaba.

Estaba a medio camino cuando sentí la mano en la espalda.

—¿Te gusta lo que ves? —me dijo alguien al oído, y me giré lo suficiente para ver que era el tipo de la barra.

No era el hombre que quería. Tenía el aftershave equivocado, la altura equivocada, y la voz equivocada.

Pero era el que estaba más a mano. Estaba suficiente cerca como para servirme.

Además, Chloe tenía razón. Lo que necesitaba era echar un polvo, para quitarme al obsesión que tenía con Derek.

El no poder dejar de pensar en él *todo el tiempo*.

Así que en vez de deshacerme del tipo, como había hecho durante toda la noche con otros tipos, dejé que me siguiera hasta el baño e incluso sujeté la puerta para que pasara delante de mí.

No estaba borracha, ni mucho menos. Pero sí planeaba estarlo cuando acabase la noche.

El tipo tenía cara de no creerse su suerte. Aún así, no estaba mal, era atractivo, seguramente no era la primera vez que le pasaba eso.

Era más joven que yo, de eso estaba segura. No creía que llegase a los treinta.

Intentó besarme, pero aparté la cara en el último momento.

—Condón —dije.

No quería caricias, no quería nada que no fuese un polvo rápido y mecánico. Estábamos en un baño, por el amor de dios —sorprendentemente limpio, eso sí—, y no quería tardar mucho en volver a mi mesa.

No quería preguntas incómodas.

Nunca había hecho algo así. Pero el alcohol me había vuelto atrevida, y estaba desesperada. Ya no podía estar alrededor de Derek, no era yo misma.

Además, ¿por qué no? Era libre, estaba soltera. Era lo que hacía la gente soltera, ¿no?

Me di la vuelta y apoyé las palmas de las manos en la pared.

Era para no verle la cara, pero pareció gustarle la idea.

Me levantó el vestido por detrás y me pellizcó las nalgas. Oí el paquete del preservativo romperse, pero aún así miré por encima de mi hombro para asegurarme de que se lo había puesto. Apartó mi tanga hacia un lado y entró dentro de mí, de un solo empujón.

—Sí, sí, joder joder joder... —dijo, jadeando.

Me penetró contra la pared, una y otra vez, con fuerza, agarrándome de las caderas, la tela del tanga en tensión, clavándose en mi piel. Tenía que habérmelo quitado, pensé.

El tipo gruñía detrás de mí. Oía a tabaco y alcohol. Tuve que cerrar los ojos e imaginarme a Derek para poder correrme, porque el imbécil no hizo ningún esfuerzo.

Me cogió de las tetas para echarme hacia atrás.

—¿Te vas con cualquiera, eh?

Me imaginé los brazos de Derek, las manos de Derek.

—Joder qué culo tienes... te estoy follando bien... eres una puta que se folla a cualquiera en el baño...

¿A qué venía lo de insultarme? Me estaba cortando el rollo totalmente.

Tres embestidas más y acabó. Me bajé la falda rápidamente.

Un puto fracaso. Una vez que me soltaba el pelo, y no servía de nada.

—¿Me das tu teléfono? —dijo el tipo, después de tirar el condón en la papelera.

—¿Después de haberme llamado puta? Ni hablar.

No iba a dárselo de todas formas, pero bueno.

Se encogió de hombros.

—Era una forma de hablar. En el calor del momento.

Le miré de arriba a abajo. No, la verdad era que no se parecía nada a Derek.

Suspiré.

—Adiós.

No había sido tan importante, pensé. Era algo que todo el mundo hacía todo el tiempo. Si no me hubiese casado con veinticuatro años, probablemente yo también tendría experiencia en rollos de una noche.

O de cinco minutos.

Pensaba olvidarme de todo el asunto, dejarlo en el fondo de mi mente en la carpeta de “estupideces”, volver a mi mesa y hacer como si no hubiera pasado nada, cuando al salir del baño vi a Derek, apoyado en la pared de enfrente, con una copa en la mano.

Mirándome.

* * *

DOCE

MONIQUE

Por favor, mi cabeza. Me la sujeté con una mano. Era como si me pesase más de lo normal. Parecía que se iba a caer al suelo y empezar a rodar.

Cada vez que se abría la puerta del club y entraban clientes nuevos, me daban ganas de suicidarme. O meterme debajo del mostrador y hacer como que no estaba. Y eso que solo tenía que saludar y guardar sus abrigos y sus cosas, pero es que hasta eso me estaba costando horrores.

Me bebí el tercer o cuarto botellín de agua de la noche.

Tenía una resaca terrible del día anterior.

No había sido mi noche más brillante. Es lo que pasa cuando no estás acostumbrada a salir, ni a beber, ni a nada.

Tampoco podía echarle la culpa al alcohol de la noche desastrosa: había bebido, pero no tanto. Fue después del episodio del baño cuando me había dedicado a emborracharme a conciencia.

Dios, qué desastre.

Al volver a la mesa alta donde estaban sentadas Carol, Amanda y Chloe me había excusado diciendo que había cola en el baño. Total, el intercambio no había durado más de cinco minutos... prefería no pensar en eso, de todas formas.

Prefería no pensar en la noche anterior, la verdad. La cabeza me estaba matando.

No estaba acostumbrada a beber, ni a estar en sitios con música tan alta toda la noche.

Era como si mis ojos fuesen demasiado grandes para las cuencas.

Cuando salí del baño y vi a Derek se me cayó el alma a los pies. No hablé con Derek, él no me habló a mí, no dije que le había visto.

Tampoco quería pensar en Derek. Solo quería que llegase la hora de cerrar —miré el reloj: las once y media. *Ugh*— y llegar a casa para meterme debajo de cuarenta mantas con un par de paracetamoles.

Pero mala suerte. Una no siempre tiene en la vida lo que quiere.

ESTABA DENTRO DEL ROPERO, colocando un par de abrigos de los últimos clientes que habían entrado, cuando alguien se me pegó por detrás.

Esta vez no había duda. Era el olor correcto, el calor correcto.

Derek estaba detrás de mí, pegado a mi espalda. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa.

Lo del día anterior había sido un fracaso, definitivamente. Derek me afectaba todavía más que antes, si eso era posible.

DEREK

ME PEGUÉ A MONIQUE POR DETRÁS, sus curvas encajando en mi cuerpo perfectamente.

Su pelo olía a coco. Era la primera vez que la veía con el pelo suelto, sin moño.

Estaba peor de lo que pensaba, si ahora me dedicaba a olerle el pelo.

La zona donde se guardaban los abrigos, el ropero, estaba separado del mostrador por un panel. Allí no nos veía nadie, y podíamos oír si entraba alguien.

Tomé aire para intentar controlarme.

—Di mi nombre.

Tragó saliva.

—Derek.

Lo sentí en la polla. Le di la vuelta para poder verle la cara y me pegué a ella. Eché las caderas hacia delante para que notase mi erección en el estómago. Para que viese lo que me hacía.

—Otra vez.

El pecho le subía y bajaba con la respiración, los dos primeros botones de la blusa a punto de estallar.

—Derek.

—Joder —tiré de su pelo, dejando su cuello y escote expuestos. Monique entreabrió los labios y gimió. Bajé mi boca hasta su cuello y no pude evitar darle un mordisco.

—¿Te lo follaste?

—¿A quién? —preguntó, con un hilo de voz.

—Al tipo del baño, *Monique*. En aquel pub odioso al que fuiste ayer.

MONIQUE

NO ERA ASUNTO SUYO. Por mucho que me ardiese la piel cada vez que se acercaba, por mucho que me faltase el aire cuando estábamos en la misma habitación, no era asunto suyo.

—No es asunto tuyo, Derek —dije, con la voz ronca.

—No juegues conmigo, Monique.

Tragué saliva. Estaba cerca, demasiado cerca. Pero no podía apartarle, ni decirle que lo hiciese. Era superior a mí. Aún así, dije lo que tenía que decir.

—No te debo nada. No somos nada —vi cómo le brillaban los ojos en la penumbra del ropero—. Y no eres mi dueño.

—¿No?

Las comisuras de los labios se le levantaron en una sonrisa que no me gustó. Una sonrisa peligrosa.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo. No somos nada, tú no me debes nada y yo tampoco te debo nada —me soltó el pelo, que cayó en cascada sobre mis hombros. Aquel día estaba

demasiado cansada hasta para hacerme el moño—. Te digo lo que voy a hacer entonces, para quitarme de la cabeza al imbécil que te tiraste ayer: voy a subir arriba, voy a coger a la primera mujer que me mire dos veces, y la voy a follar hasta que le rechinen los dientes.

Se separó de mí, y fue entonces cuando vi el bulto en su pantalón, la erección que había notado presionando contra mi estómago, y que otra que no era yo iba a disfrutar. Me vio mirando y su sonrisa se hizo todavía más cruel. Sabía que era eso lo que iba a hacer. No le conocía mucho todavía, pero una cosa de la que estaba segura era de que Derek no decía algo si no pensaba hacerlo.

Desapareció por la puerta del club, y me sentí como si me hubiese abofeteado.

* * *

TRECE

MONIQUE

Derek me había dejado húmeda, los muslos temblando, en medio del ropero. Me alisé la falda, me compuse el pelo y salí a mi mostrador con piernas temblorosas.

Seguía teniendo resaca, y ahora además estaba húmeda, excitada, y tenía ganas de llorar.

No somos nada, tú no me debes nada y yo tampoco te debo nada.

No dejaba de escuchar las palabras de Derek, una y otra vez en mi cabeza.

Era un hecho: había tocado fondo.

Me daba igual lo que hiciese Derek. Me *tenía* que dar igual. No sabía lo que me pasaba con él, lo que era aquello, atracción o lo que fuese, pero no era sano. No era productivo y no era sensato. Estaba en mi lugar de trabajo. Quizás mi trabajo no era una maravilla, no era como si fuese una cirujana y salvase vidas, pero me gustaba y se me daba bien. Me gustaba estar allí para recibir a la gente, que la primera cara que vieses fuese la mía. Me gustaba ser amable, sonreír, dar confianza a la gente que llegaba nueva al club. Darles la bienvenida.

Hacer el tonto dentro del ropero... esa no era yo. ¿Qué habría pasado si me hubiesen pillado? ¿Cómo podría explicárselo a Mark, a Paul, después de lo bien que se habían portado conmigo? Me habían dado un trabajo cuando llevaba sin trabajar desde los veinticuatro años, sin referencias, sin nada. Supuse que habían visto la desesperación pintada en mi cara.

Derek era un terremoto, o un ciclón que había llegado de repente, y estaba desestabilizando mi vida.

Tenía que volver a la antigua Monique, a mi antigua vida. No era una maravilla, era aburrida, pero era feliz en mi sencillez. No más noches de copas, no más resacas, no más tirarme a nadie en los baños de un pub, y sobre todo: no más juegos con Derek.

Aquello se había acabado.

DEREK

EL AIRE OLÍA a sudor y a sexo.

—Oh sí cariño, oh oh, ¡ah!

La mujer gemía, agachada delante de mí, sus nalgas rozando mi entrepierna. Habría preferido que se callase, que no dijese nada, para no recordarme que no era Monique. La estaba penetrando

desde atrás, mientras se sostenía con las manos en la pared.

¿Qué hacía allí? ¿Qué estaba haciendo?

Miré con desinterés sus nalgas mientras se movían. Seguramente podría follarle el culo si quisiera, solo tenía que preguntar, pero no estaba de humor. Lo único que quería era terminar cuando antes.

Era un polvo de venganza, no iba a engañar a nadie.

—Me voy a correr en tu espalda —avisé, por si tenía algún problema con eso.

—Córrete donde quieras, campeón..

Intenté cerrar los oídos, pero no pude. No, en serio, si no se callaba no iba a correrme en ninguna parte porque ya me estaba costando mantener la erección.

Le puse la mano en la espalda para que bajase más y le separé las piernas. Aumenté la velocidad porque quería que aquello acabase ya.

¿Qué me estaba pasando? Un coño caliente, disponible, en el que meter mi polla dura y dolorida —su estado permanente desde que había visto a Monique por primera vez— y lo único en lo que podía pensar era en Monique...

Eso hice, imaginando que era ella delante de mí, en vez de aquella mujer con incontinencia verbal de la cual no sabía ni el nombre. Con un último gruñido, salí de dentro de la pelirroja, me quité el condón y me corrí encima de sus nalgas redondas, ríos de semen deslizándose por ellas.

—Mmmm, cariño, qué bien... —dijo la mujer, mirándome por encima del hombro y guiñándome el ojo.

Me sentí enfermo. Me fui de allí, dejándola sola para que se limpiase.

Lo único que me consolaba ligeramente era que si tirarme a una desconocida no me había servido de nada, a Monique probablemente le habría pasado lo mismo.

Asqueado de mí mismo, salí por la puerta de atrás, me monté en el coche y me fui a casa.

* * *

CATORCE

MONIQUE

Las últimas dos semanas habían sido tranquilas, sin sobresaltos. Me lo merecía, después de las últimas turbulencias. Estaba recuperando el ritmo, volviendo a mi rutina poco a poco.

Sabía que tenía que volver a ver a Derek. Era inevitable: a fin y al cabo, era uno de los tres dueños del club.

Pensaba que estaba preparada para ello, pero estaba equivocada. No estaba preparada en absoluto.

Me di cuenta aquella misma noche.

Era miércoles, un día tranquilo. En cuanto le vi entrar por la puerta, la botella de agua que tenía en ese momento en la mano se me cayó al suelo. Menos mal que tenía el tapón puesto.

Me agaché a recogerla y cuando me incorporé, Derek estaba al otro lado del mostrador, sonriendo ligeramente, más atractivo que nunca: llevaba un esmoquin que tenía que ser hecho a medida, porque la chaqueta le quedaba perfecta, a la medida de sus hombros anchos. Debía venir de un evento o algo, porque aparte del esmoquin, se había cortado un poco el pelo y se había afeitado. Parecía que acababa de salir de la portada de una revista.

Se me paró el corazón.

—Hola —dijo, simplemente.

—Hola —respondí, yo también, sin poder decir nada más.

Recordé nuestro último encuentro, y empecé a ponerme roja hasta la raíz del pelo. El calor empezó a extenderse por mi cara y mi cuello, y no pude hacer nada por evitarlo.

Tenía que estar como un tomate.

Derek seguía sin decir nada. Allí parado, con las manos en los bolsillos, parecía... ¿nervioso? Sí, ahora que me fijaba parecía ligeramente nervioso. Vivir para ver.

Carraspeó.

—Monique... iba a disculparme otra vez, por lo del otro día, pero a este paso no vamos a acabar nunca. Me voy a pasar la vida pidiendo perdón, haciendo o diciendo otra estupidez y volviendo a disculparme... —. Suspiró, se frotó la frente con una mano y luego me miró. —¿Qué te parece si empezamos de cero?

Yo también suspiré, aliviada. Se me relajaron los músculos que no sabía que tenía en tensión, como si me hubiese quitado un peso de encima.

—Sí —dije, enseguida.

Era lo que necesitaba: empezar desde el principio, borrón y cuenta nueva. Habíamos

empezado con mal pie, y no sabía cómo seguir adelante.

Sonrió, genuinamente, y me tendió la mano por encima del mostrador.

—Derek Callahan. Soy el nuevo socio de *Poison*. Llevo una firma de inversiones para varios clientes, pero esta inversión es personal. También soy amigo de Mark desde hace años, así es como he acabado aquí.

Yo también sonreí, y le estreché la mano.

—Monique Leclercq.

Había vuelto a mi apellido de soltera después de divorciarme de William. La familia de mi padre era de origen francés, de ahí mi apellido y mi nombre.

Nos quedamos en silencio, con las manos entrelazadas sobre el mostrador.

La sonrisa desapareció de sus labios, poco a poco. Me acarició la mano con el pulgar, por donde las teníamos unidas.

Se me aceleró la respiración. Derek me miró, los ojos oscurecidos por el deseo.

Si hubiese salvado el mostrador de un salto, no me habría sorprendido. Pero lo que hizo fue rodearlo lentamente, sin soltarme la mano.

Luego me cogió ligeramente de los codos y empezamos a andar, yo de espaldas, hacia el ropero.

Derek no dejó de mirarme a los ojos mientras avanzábamos, con movimientos lentos, como si me estuviera dando tiempo a rechazarle, a separarme de él, a decirle que no, que qué se creía, que qué significaba aquello.

No hice ninguna de aquellas cosas.

Me dejé llevar, hipnotizada, las manos de Derek en mis brazos, en mi cuerpo.

Me rendí a la evidencia: era una estupidez resistirse. Y además, no quería hacerlo.

Cuando estuvimos ocultos a la vista, Derek puso una mano en mi nuca y otra en mi espalda, me atrajo hacia él y acercó sus labios a los míos.

Se quedó así unos segundos, simplemente rozándome los labios, su respiración cálida sobre mi piel, sin hacer nada más, para darme una última oportunidad de escapar.

Fui yo quien salvé la distancia hasta sus labios. Fue él quien me besó primero.

O más bien me devoró.

Aunque yo también le devoré a él.

En cuanto nuestras lenguas se tocaron, ambos dejamos escapar un gemido. Un sonido hambriento, de anticipación, de ganas de tocarnos.

Deslizó la mano por mi espalda, por encima de mi falda de tubo, y me atrajo hacia él. Enseguida noté la erección, dura, el calor traspasando la tela de mi falda, como un hierro al rojo vivo.

Le agarré de los hombros y continuamos luchando, girando la cabeza, besándonos como si el mundo fuera a acabarse, hasta que nos quedamos sin respiración.

No quedamos frente contra frente, respirando con dificultad después del beso. Sus manos sobre mis nalgas, empujándome hacia él; las mías recorriendo sus hombros anchos, su espalda, haciendo un mapa mental de los músculos que había debajo de la chaqueta del esmoquin.

—Dime qué hacemos aquí otra vez, Monique —dijo, con la voz ronca de deseo.

No sabía qué iba a decirle, si no podía ni hablar. El pecho me subía y bajaba con la respiración.

—¿Es inevitable?

Mi voz también sonó ronca, grave, con la necesidad de él, de su cuerpo, atenazándome la garganta.

Volvió a besarme, hambriento, y con una mano en mi pelo empezó a deshacerme el moño.

—Si quieres escapar, hazlo ahora.

Escuché el ruido de mis horquillas cayendo al suelo.

—¿Tengo pinta de querer escapar?

Derek sonrió lentamente, como un lobo peligroso, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Cogió el borde de mi falda con las manos y empezó a levantarla hacia arriba.

En ese momento oímos a gente fuera, y me quedé quieta, en tensión.

—Hay gente, tengo que... tengo que salir —susurré.

Aunque por una vez que entrasen con los abrigo tampoco iba a pasar nada...

—*Shhh...* podemos ser rápidos.

Podíamos ser rápidos, no; *teníamos* que ser rápidos. Antes de que Mark o Paul se diesen cuenta de mi ausencia.

La falda era tan estrecha que apenas me pasaba de las caderas. Tuve que bajarme la cremallera para poder subírmela más arriba de las nalgas. Acabó arrugada en mi cintura, pero no me importó. Mi único objetivo era que Derek pudiese acceder.

Noté sus manos, las palmas en los muslos. Me apartó el tanga hacia un lado y metió dos dedos dentro de mí, en mi coño húmedo y resbaladizo. Me vencieron las piernas y me agarré a sus hombros. Pasó el pulgar por el clítoris, presionando, haciendo círculos... *oh dios*. Era un mago con los dedos.

Eché la cabeza hacia atrás y empecé a sentir espasmos. ¿Cómo era posible, tan pronto? Apenas me había tocado...

Con la otra mano me abrió la blusa y bajó la boca hasta mi escote. Se metió un pezón entre los dientes, tiró de él ligeramente. Estaba mordéndome el labio, intentando no gemir, intentando no hacer ruido, pero era imposible. Iba a explotar.

—Derek, Derek, voy a gritar, voy a...

Sacó los dedos de dentro de mí, de repente. *No no no...* estaba a medio segundo de mi orgasmo, empezaba a notar el hormigueo en los dedos de los pies... estuve a punto de asesinarle.

Había una especie de balda baja con casilleros donde se guardaban los bolsos, que tenía la altura de una mesa. Derek me subió encima como si pesase menos que una pluma. Me separó las piernas y se colocó entre ellas, empezó a maniobrar con el pantalón de esmoquin, oí el ruido de una cremallera al bajarse.

Entró dentro de mí, de un solo movimiento, y a la vez me tapó la boca con la mano.

Bien pensado, porque empecé a gritar y a gemir, desesperada, el placer recorriéndome como una descarga eléctrica, llegando hasta la punta de mis dedos. Incluso creo que le mordí la mano en algún momento. Se movía dentro de mí, con fuerza, entrando dentro, cada vez más dentro, rozando todos los rincones, golpeando el clítoris con cada embestida, la postura perfecta.

Metí los dedos entre su pelo, tiré de él hasta hacerle daño.

Oh dios, oh dios oh dios.

Elevé las piernas para cruzarlas detrás de su cintura. Le agarré de las nalgas y empujé hacia adelante, para que me penetrase más profundamente. Le clavé las uñas, desesperada: quería más, más fuerte, más deprisa, quería...

—Joder, así, eso es... he soñado con este momento, Monique. Con tu coño caliente y estrecho, mi polla dentro de ti... —puntuaba sus palabras con embestidas. Empezó a mover las caderas en círculos, como si estuviese taladrándome.

Eché la cabeza hacia atrás y sentí la primera oleada de un orgasmo que amenazaba con destruirme. No sabía si eran dos orgasmos seguidos, o el mismo de antes, que no acababa nunca.

Me pitaban los oídos, como si hubiese estado viendo fuegos artificiales.

Me pregunté si mis sentidos iban a sobrevivir al asalto, si yo misma iba a sobrevivir al asalto... el placer me barrió, incendiando mi piel, nublando mis sentidos, mientras Derek seguía embistiendo, empujando, llenándome con su sexo duro.

—Eso es, eso es... córrete en mi polla...

Seguía tapándome la boca, lo cual lo hacía todo más erótico, el no poder hablar, decirle lo que quería, cómo lo quería...

Sus embestidas se hicieron de repente más erráticas, más desesperadas.

—Monique, Monique —susurró, puso la cabeza en el hueco de mi cuello y le sentí llenarme, derramarse dentro de mí.

—NO ME PUEDO CREER que hayamos hecho esto en el ropero —le miré—. No tenemos autocontrol. En absoluto. Como la gente de ahí dentro —dije, señalando con la cabeza en dirección al interior del club.

Me abrochó los botones de la blusa, uno a uno.

—¿Qué es lo que no te gusta del club?

No estaba segura. Me pasé la lengua por los labios.

—Me hace sentir... incómoda, supongo—. Me encogí de hombros. —El sexo es algo íntimo, para disfrutar de puertas adentro.

Derek me cogió de la cintura y me atrajo hacia él. Con una mano me puso el pelo detrás de la oreja.

Podría pasarme horas mirando sus ojos grises sin darme cuenta.

—El sexo es como uno quiere que sea. Puede ser de puertas adentro, íntimo, sensual... o puede ser desordenado, sudoroso. Puede ser sucio, puede ser en grupo, a oscuras o con gente mirando. Puede ser lo que quieras que sea. ¿Qué va a ser, Monique?

Tragué saliva. Clavé la vista en su cuello, en su mandíbula, donde empezaba a insinuarse la sombra de barba.

—No va a ser nada —dije, a mi pesar—. Esto no puede repetirse.

Sonrió con una sonrisa afilada como el filo de un cuchillo, y el esmoquin no sirvió para disimular quién era en realidad: el mismo lobo peligroso de antes.

—Puedes seguir diciendo eso, Monique, todas las veces que quieras. Eso no quiere decir que sea verdad.

Se inclinó sobre mí, y cuando parecía que iba a besarme, sonrió y se marchó.

Me quedé allí de pie, contra la pared, unos minutos. Cuando el suelo dejó de moverse bajo mis pies, fui al baño a recolocarme el pelo, la blusa, la ropa, y luego volví a mi puesto tras el mostrador. Me bebí la botella de agua de un trago.

FUE MÁS TARDE, esa noche. No sabía cómo lo había hecho, porque no había vuelto a verle. Quizás una de las veces que había estado distraída dentro del ropero, colocando algún abrigo; no lo sabía. Pero cuando fui a coger mi bolso, había un sobre negro sobresaliendo de su interior. Lo abrí: una tarjeta con una cita, un día, una hora, y una máscara negra de tela y encaje.

* * *

QUINCE

MONIQUE

No podía dejar de pensar en el sobre negro que había aparecido mágicamente en mi bolso.

Solo tenía una fecha, una hora. Y la máscara. Sabía para qué era la máscara, sabía cómo funcionaba el club por dentro. Eran las máscaras que se proporcionaban a los socios, por si querían mantener el anonimato. *Por si querían.*

No me imaginé a nadie que no quisiera. ¿Quién iba a participar en una de aquellas bacanales a cara descubierta? La sola idea de encontrarme cara a cara con alguien conocido me paralizaba de pies a cabeza.

El sobre tenía la fecha y la hora, pero no era suficiente. ¿Qué pasaría si decidía que quería ir, que aceptaba la cita? (Cosa que no iba a pasar. No iba a pasar.) ¿Dónde estaba mi entrada, mi pase? Realmente Derek no esperaría que me plantase en la puerta principal, delante de James, el portero, y le dijese “hola, vengo a probar el servicio”, ¿verdad?

Como respondiendo a mis preguntas, al día siguiente recibí un mensaje en el móvil de un número desconocido, que no tenía entre mis contactos: *este es mi número.*

No me hacían falta más datos. Sabía perfectamente quién era.

Lo que no sabía era lo que iba a hacer. Todavía.

¿Claudicar, rendirme? Dios, el efecto que Derek tenía en mí... no sabía lo que era, pero estaba metido en mi cerebro, en mi mente, debajo de mi piel, y no podía dejar de pensar en él.

Sobre todo después del ropero, de los dos orgasmos, de tener que saciar la sed rápidamente, en menos de cinco minutos, sin tiempo a disfrutar, a poder saborear su piel...

Basta.

Hoy era el día, la fecha del sobre negro. Mi día libre. Mentiría si dijera que no tenía curiosidad.

Eso era todo, curiosidad. No tenía que hacer nada. No tenía que llegar hasta el final. Solo iba a echar un vistazo, a satisfacer... eso, mi curiosidad.

Me abaniqué la cara con la revista que estaba leyendo.

Cogí el móvil, y envié un mensaje de una sola palabra al número que ya no era tan desconocido.

¿Logística?

Me quedé horrorizada mirando el móvil, la palabra en la pantalla, sin poder creer que le hubiese dado a enviar... pero cuando Derek me respondió algo más tarde, con instrucciones, no dudé ni un momento en seguirlas.

* * *

DIECISÉIS

MONIQUE

—*M*onique...

Nos detuvimos delante de la puerta de la planta de arriba, parados en la penumbra.

Derek había ido a recogerme y habíamos entrado por la puerta de atrás del club. Tenía la máscara en la mano, apretada, los nudillos blancos.

—Hay una cosa de la que no hemos hablado —dijo, acercándose a él, una mano en mi espalda.

Había un montón de cosas de las que no habíamos hablado, pero bueno. Me quedé esperando a ver a qué se refería.

—Esto... —hizo un gesto incómodo entre él y yo—. Esto no puede ser más que sexo. Solo sexo, ¿de acuerdo? No busco una relación.

Me encogí de hombros y le dije la verdad.

—Yo tampoco.

Después de William, lo último que quería era perder más años siendo la mujer de alguien. Ahora era mi propia mujer.

Lo único que quería era sexo: salvaje, sudoroso, que me dejase agotada y exhausta, para compensar todos los años que había estado casada con William.

Y cuando yo me cansase, o lo hiciese Derek, o los dos a la vez, podríamos seguir nuestro camino tranquilamente. Sin el agobio y la tensión que había entre nosotros desde que nos habíamos conocido.

—¿Estás segura? —me miró con escepticismo, como para asegurarse de que estaba diciendo la verdad.

Elevé los ojos al cielo.

No esperaba que sacase un anillo de compromiso y se arrodillase allí mismo, en la oscuridad. Por otra parte, tampoco me imaginaba quedando con Derek para ir al cine y poniéndonos ciegos a palomitas, la verdad. No sé por qué, pero no lo veía.

Por fin pareció convencerse. Cogió la máscara que tenía arrugada en la mano y me la puso.

—Monique —me levantó la barbilla con la mano—. Quiero que disfrutes, quiero que te liberes. Quiero que no pienses en nada ni en nadie, que no haya nada que no quieras hacer o probar, ningún límite ni convención esta noche...

Asentí con la cabeza, hipnotizada por su voz susurrante.

—Bienvenida al club —dijo, y abrió la puerta.

LO PRIMERO QUE SENTÍ FUE EL CALOR, DEBILITÁNDOSE, DEJÁNDOSE SIN FUERZAS.

No había mucha gente, tres o cuatro parejas, un par de grupos. Hablando, riendo, gimiendo...

Estaba sudando debajo de la máscara, y eso que me la acababa de poner.

Estaba allí. Allí. En la planta de arriba del club. El día de los abrigos ya olvidado... Mientras avanzaba por la estancia en penumbra, de la mano de Derek, sentí calor entre las piernas, punzadas de deseo por todas partes. Los pezones erectos, la piel como si fuera una valla electrificada.

—Podemos quedarnos aquí.

Apoyados contra una pared, al fondo, donde podíamos ver sin apenas ser vistos. Sabía que Derek lo estaba haciendo por mí, un rincón oscuro, en vez de las habitaciones iluminadas al otro lado, o los sofás que, aunque estaban iluminados tenuemente, una vez uno se acostumbraba a la penumbra se veía todo. Perfectamente. Incluso con detalles.

Sin embargo, en aquel rincón no se veía nada —o casi nada. Estaba sudando debajo de la máscara, el puente de la nariz, la goma clavándoseme en la parte de atrás del pelo... quería quitármela.

—Quiero quitarme la máscara —le dije a Derek—, ¿crees que alguien podría reconocerme?

Estaba pensando en el camarero al que le hubiese tocado el turno de arriba aquella noche.

—Imposible. Estamos en el rincón más oscuro... lo he elegido a propósito.

Me quitó la máscara y noté cómo se la guardaba en el bolsillo del pantalón.

Derek se apoyó en la pared y me acomodó de espaldas a él, entre sus piernas.

—¿Estás nerviosa?

Me levantó el pelo y puso los labios sobre mi nuca.

Oh dios. Se me estaban doblando las rodillas.

—No tenemos que hacer nada. Solo mirar.

Nos quedamos allí, apoyados en la pared, Derek con la espalda contra ella y yo apoyada en él.

Sentía su erección en la parte baja de mi espalda, como un hierro al rojo vivo.

Empecé a distinguir a la gente a nuestro alrededor, formas, actos.

Una mujer estaba apoyada contra el cristal de la ventana de una de las habitaciones, la falda subida hasta la cintura, las bragas en los tobillos, mientras un hombre la penetraba desde atrás. Otra mujer le abrió la blusa y empezó a acariciar sus pechos grandes y pesados...

Derek Bajó de nuevo los labios hasta mi oído.

—Si te sientes incómoda o quieres parar en algún momento, dímelo —me mordió el lóbulo de la oreja y sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo.

Empezó a acariciarme por encima de la ropa. Primero las caderas, pasándome las manos por ellas. Luego el costado, rozándome un lado del pecho.

Noté la humedad entre mis piernas.

Me acarició los pechos por encima de la blusa, hasta que mis pezones se convirtieron en dos botones duros.

Gemí y me pegué más a él, poniéndome de puntillas para acomodar su erección entre mis nalgas.

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Actué sin pensar, frotándome contra él por detrás.

Me apartó el pelo y me besó el cuello, mientras seguía masajeándome los pezones con los pulgares.

Oh dios.

Estaba empezando a licuarme.

Me desabrochó tres botones de la blusa, hasta que el sujetador de encaje negro quedó al descubierto. Metió la mano por dentro de la blusa, por encima del encaje.

Estaba semidesnuda, en público. Bueno, o casi. Cualquiera de las personas que nos rodeaban podía verme el sujetador. Esperaba sentir vergüenza o incomodidad, pero no sentía nada de eso. Estaba excitada, mucho, y extrañamente... liberada.

Era como si la oscuridad me diese una libertad en la que nunca había pensado. Más de la que nunca había imaginado.

—Piensa en tus fantasías —dijo Derek en mi oído, con un susurro hipnótico—. Hoy es para ti, solo para ti, tú eliges lo que quieres y no quieres hacer. Tú eliges a quien quieres.

Justo cuando acabó de decir eso mis ojos se posaron sobre un hombre... un hombre grande, ancho de espaldas, con la piel color chocolate.

Bebía de su copa sentado en uno de los sofás mientras me miraba, mientras miraba las manos de Derek dentro de mi blusa.

Me quedé hipnotizada mirándole. No podía apartar los ojos de él.

Derek me mordió ligeramente el lóbulo de la oreja.

—No me gusta compartir —dijo Derek, siguiendo la dirección de mi mirada—. Pero es tu primera noche en el club, y esta noche es para ti. Si quieres puedo decirle que se acerque.

Seguía acariciándome los pechos, con los pulgares los pezones por encima del sujetador. El placer empezó a concentrarse en la parte baja de mi estómago, entre las piernas.

—¿Quieres probar? Podemos parar en cualquier momento. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Tenía calor, un calor que nacía de dentro de mí. Me estaba saliendo de mi propia piel.

—Quiero probar.

Le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

El hombre se levantó del sofá, dejó su copa sobre la mesa baja de centro, y se acercó con pasos lentos. O igual era yo, que lo veía todo a cámara lenta.

Cuando estuvo a mi altura me di cuenta de lo alto y grande que era, más que Derek, mucho más que yo. Derek acabó de abrirme la camisa y bajó las copas de mi sujetador.

Puso las manos bajo mis pechos, como ofreciéndoselos al desconocido.

El hombre me miró, con ojos oscuros, sonriendo ligeramente. Como a la espera de mi permiso.

Me di cuenta de que la lentitud de movimientos era eso, darme tiempo a decir que no. Ni se me pasó por la cabeza. Era como si no fuese yo, como si estuviera viendo la escena desde fuera de mi cuerpo, pero a la vez desde dentro de mi piel. Como en un sueño húmedo y erótico.

Asentí, dándole permiso, y tragué saliva.

El hombre bajó la vista hacia mis pechos. Luego cogió uno en su mano derecha, pasando su pulgar por mi pezón desnudo y duro, y bajó la cabeza hacia el otro. Empezó a lamer suavemente, con su lengua áspera y húmeda. Cogió mi pezón entre los dientes y tiró suavemente.

—¡Ah!—. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en el hombro de Derek.

—¿Te gusta? —me preguntó al oído.

—Sí, sí. Sí. Me gusta mucho.

El hombre siguió mordiendo, lamiendo, acariciándome suavemente, hasta el punto de volverme loca.

Derek me levantó la falda desde atrás y metió sus manos debajo. Me apartó el tanga y deslizó dos dedos dentro de mí, despacio.

—Estás chorreando.

Obviamente. Y mucho antes de que se nos uniese el dios de ébano.

Siguió sacando y metiendo sus dedos y pasó la otra mano por delante para acariciarme el clítoris. No podía pensar, no me llegaba el aire a los pulmones.

—Me voy a correr —dije, moviéndome al unísono con los dedos de Derek, la lengua del desconocido castigando mis pezones.

—Córrete, Monique.

Eso hice, echándome hacia atrás, apoyándome en Derek, sus dedos dentro de mí, mientras el hombre seguía lamiendo mis pechos.

Tenía miedo de gritar, de que se me oyese demasiado, de ser demasiado escandalosa, así que me mordí el labio y cerré los ojos con fuerza mientras el orgasmo me recorría de arriba a abajo.

* * *

DIECISIETE

MONIQUE

Cuando me recuperé, más o menos, Derek sacó los dedos de dentro de mí.
—No hemos acabado —dijo, con su voz áspera cargada de deseo.
Sentí cómo se bajaba la cremallera.

Noté su sexo duro en mi entrada, resbaladiza por la humedad. Me separó un poco las piernas y me la metió desde atrás, poco a poco, centímetro a centímetro. Si pretendían volverme loca, lo estaban consiguiendo.

El tipo se puso de rodillas y terminó de levantarme la falda por delante. Cuando me quise dar cuenta tenía sus labios, su lengua en mi clítoris, mientras Derek seguía penetrándome desde atrás, sacando y metiendo de nuevo su polla gruesa en mi coño húmedo. Rozándome en todos los rincones, llenándome.

—Derek... Derek.

No podía dejar de gemir. Elevé mis brazos para pasarlos detrás del cuello de Derek.

El placer era intenso, casi demasiado. Cuando el tipo me separó los labios con los dedos para lamer mejor, tuve que cerrar los ojos. Derek me cogió de las caderas y empezó a follarme más fuerte, aumentando la velocidad de las embestidas, la fuerza con la que empujaba sus caderas hacia adelante.

El hombre delante de mí deslizaba su lengua suavemente por mi clítoris, mientras Derek me follaba fuerte desde atrás.

El contraste me estaba volviendo loca.

—¿Estás disfrutando? —preguntó Derek detrás de mí.

Me salió una carcajada involuntaria. Apenas podía hablar.

—Sí, sí... sí.

Estaba gimiendo y gritando, ya me daba igual la gente o quién me oyese. Estaba perdiendo el control, si no lo había perdido ya del todo.

—No está tan mal el club, ¿verdad?—. Derek quitó las manos de mis caderas para llevarlas hasta mis pechos, me pellizcó los pezones—. Una lengua por delante mientras yo te follo desde atrás...

—Sí, sí, me gusta, Derek... más fuerte.

Eso hizo, flexionando las rodillas y penetrándome en la subida, mientras el hombre frente a mí no dejaba de chupar ni de lamer constantemente, y por fin el orgasmo me invadió en oleadas, de repente, mucho más intenso que antes, y Derek tuvo que sujetarme para que no me cayese al suelo.

El desconocido seguía separándome los muslos con sus manos, su cara en mi entrepierna,

lamiendo, mordisqueando. Cuando estaba recuperándome del orgasmo, sentí los dedos de Derek clavarse en mis caderas y empezó a embestir erráticamente.

—*Ah sí*, eso es, qué coño más estrecho y caliente...

Podía escuchar los jadeos y gruñidos de Derek en mi oído, y supe que estaba cerca, muy cerca... unas cuantas embestidas fuertes, se quedó clavado dentro de mí y noté la humedad, su semen caliente derramándose dentro de mí.

NOS QUEDAMOS ABRAZADOS contra la pared, intentando recuperarnos. El hombre dejó de lamer y se incorporó. No pude evitar fijarme en el bulto enorme de su entrepierna.

Seguía sin hablar, y eso lo hacía todo todavía más erótico.

—¿Qué quieres que hagamos con él, Monique? —dijo Derek—. No vamos a dejarle a medias... ¿Quieres chuparle, quieres hacerle una paja... o quieres que acabe dentro de ti?

El hombre se abrió la cremallera y sacó su erección fuera del pantalón, sujetándosela en la mano.

Me quedé sin respiración.

—No creo que quepa, Derek, en serio —no podía apartar los ojos de su polla grande, enorme, ancha y oscura, con una vena recorriendo... dios, notaba el corazón en la garganta—. Es muy grande, es imposible —dije, con la voz ronca que traicionaba mis palabras.

—Claro que sí —me dio la vuelta, y quedé frente a él—. Ahora estás caliente de mi follada, y lubricada de mi leche, resbaladiza... qué mejor momento... pero tú decides.

Me mordí el labio y volví a mirar por encima de mi hombro, hacia abajo.

Dios, nunca había visto nada más grande en toda mi vida, ni ancha. Era enorme. Al final, la curiosidad y el deseo pudieron conmigo.

—De acuerdo —dije.

ESCUCHÉ el sonido de un preservativo al abrirse. Me pregunté si los hacían de ese tamaño.

Abrí las piernas. Derek me besó en los labios. El hombre empezó a deslizar su sexo duro lentamente dentro de mí, por detrás... *más, más*, era lo único que podía pensar, pero parecía que no acababa nunca. Cuando parecía que estaba dentro del todo, empujaba un poco más, más y más... Por fin paró, y sentí algo que no había sentido en toda mi vida. Estaba llena, completamente llena.

—¡Aaaaaaaah!

Di un grito largo y me agarré a los hombros de Derek, arañándole. Nunca había sentido nada parecido, no podía pensar, no podía hablar. Era una polla inmensa, llenándome y ensanchándome hasta límites insospechados.

—Es demasiado... es demasiado grande, Derek. No voy a poder con ella...

—*Shhh*, tranquila, relájate, deja que entre... nota cómo te llena...

No pude seguir hablando porque el hombre detrás de mí empezó a moverse, a salir y volver a entrar, y a gruñir, y oh dios, el placer se hizo casi insoportable.

Derek puso dos dedos en mi clítoris y eso fue todo, empecé a correrme entre espasmos y gritos, incapaz de seguir soportando el asalto doble, una polla penetrándome desde atrás y las caricias de Derek por delante.

Seguí corriéndome, un orgasmo detrás de otro, mientras la polla enorme me machacaba una y otra vez. No me extrañaba, estaba tan llena que si el punto g existía y no era un mito, el hombre

tenía que estar haciéndomelo polvo.

Empezaron a llorarme los ojos. Era el mayor placer que había sentido en mi vida.

—Eso es... dale así, así, un poco más... —Derek parecía estar disfrutando tanto como yo, mirando por encima de mi hombro cómo el hombre me penetraba una y otra vez.

Derek me separó las nalgas, el hombre me folló más fuerte.

Derek me empujó hacia él, el hombre me folló más fuerte.

Al final acabé con la boca abierta en un grito mudo, desmadejada, apoyada en su hombro, mientras el hombre embestía una vez más antes de quedarse clavado y correrse.

Dios, no iba a poder sentarme en una semana, fue lo último que pensé.

* * *

DIECIOCHO

DEREK

Señía a Monique desmadejada entre mis brazos, recuperándose de su orgasmo, y yo estaba otra vez duro como una piedra después de ver el espectáculo. El hombre se había ido y estábamos solos de nuevo. Miré a Monique, los ojos cerrados, los labios hinchados. Daría cualquier cosa por poder deslizar mi polla entre ellos, pero estaba demasiado ida para eso, y además no iba a ponerse de rodillas en el suelo...

Podría follarla otra vez, pero sinceramente, después de la polla monstruosa probablemente no sintiese nada.

Había otra solución.

La puse de cara a la pared. Volví a levantarle la falda y empecé a acariciarle las nalgas, redondas y perfectas.

Lubiqué mi dedo índice con mi propio semen y empecé a introducirlo poco a poco entre las nalgas, por su agujero trasero.

—No puedo más... —dijo, pero empezó a moverse sobre mi dedo.

—Claro que puedes, Monique. Claro que puedes. Dime si te gusta esto.

—Sí. Es... es diferente.

Saqué el dedo, y emitió un gemido de protesta.

—Decías que no podías más...

—No pares ahora... no pares.

No iba a hacerlo. Repetí la operación, esta vez con dos dedos lubricados en mi propia leche.

Los inserté poco a poco, poco a poco, mientras Monique gemía contra la pared.

—Derek, Derek, qué me estás haciendo...

Miré hacia abajo para ver cómo mis dedos entraban y salían de su agujero.

—Te estoy follando el culo. Y no he hecho más que empezar.

Moví los dos dedos en círculos, ensanchándola un poquito más, y cuando pude meterlos y sacarlos con facilidad, añadí un tercer dedo.

Tres dedos dentro de su culo y Monique empezó a volverse loca, jadeando, las palmas de las manos contra la pared, sus caderas moviéndose hacia atrás una y otra vez.

La tenía donde quería tenerla, otra vez caliente, excitada, dispuesta a todo. Dios, me había hecho adicto a ella.

Otra vez tenía la polla dura como una piedra. Saqué los dedos suavemente y metí la punta dentro de ella.

—¿Has hecho esto alguna vez?

—No...

Un culo virgen, estrecho, prieto... apretando mi polla.

—¿Quieres, Monique? ¿Quieres esto?

—Sí, sí, por favor...

Empujé un poco, solo un centímetro.

—*Shhh*, tranquila —paré el movimiento de sus caderas con las manos—, eso es, no te muevas todavía...

Le separé las nalgas y fui despacio, despacio, poco a poco... gotas de sudor me caían por la espalda.

Monique estaba apoyada con las manos en la pared, la boca abierta.

Le acaricié los pechos, le pellizqué los pezones. Bajé una de las manos y empecé a masajearle el clítoris con dos dedos, suavemente...

Fue cuando empezó a moverse ella sola, hacia adelante y atrás.

—Eso es, muévete tú, marca tú el ritmo...

Me estaba volviendo loco, quería empujar, clavarla contra la pared, pero logré contenerme a duras penas.

Se echaba hacia atrás, poco a poco, metiéndose mi polla cada vez más en el culo, centímetro a centímetro, hasta que por fin estuvo dentro del todo, mis bolas rozando la entrada de su culo prieto.

—*Ah, ah*, Derek...

La abracé desde atrás con el brazo libre y la pegué a mí, mientras seguía masturbándola con la otra mano.

—¿Te gusta? —le dije, al oído—. Dime si te gusta...

—Sí, sí... —empezó a moverse en círculos, su culo pegado a mi entrepierna, y no pude evitar jadear un poco en su oreja.

—Está hasta dentro, Monique... está metida del todo en tu culo, siéntela... siente mi polla penetrándote...

Aumenté el ritmo de mis dedos. No pude evitarlo y deslicé los dos dedos dentro de su coño, para que se sintiese llena por los dos agujeros.

—Derek, Derek...

—¿Qué quieres?

—Fóllame, por favor...

La saqué un poco y la volví a meter.

—¿Así?

—Más... más rápido, más fuerte...

Subí el ritmo, controlando las embestidas, profundas, sin salir del todo de ella nunca, mientras con la otra mano la atraía hacia mí y seguía metiendo y sacando los dedos, penetrándola por los dos sitios, intentando darle más placer.

Apenas nos movíamos, solo mis caderas, adelante y atrás, despacio, fuerte, profundo...

Hasta que Monique dio un grito y empezó a convulsionar, con un orgasmo tremendo, gritando, mordiéndose la mano para sofocar los gritos, sin conseguirlo, las piernas temblando, los músculos contrayéndose alrededor de mi polla y mis dedos, y perdí el control, empecé a embestir fuerte, una y otra vez.

—Ah, sí sí, sí, joder, Monique...

Le follé el culo, una y otra vez, rápido y fuerte, fuera de control.

No dejaba de hacer ruidos como un animal. Aunque no tenía claro si los ruidos provenían de

ella o de mí mismo.

Cerré los ojos con fuerza, dos embestidas más y me corrí dentro de ella, el semen
derramándose en su culo redondo y perfecto.

* * *

DIECINUEVE

MONIQUE

No era lo que esperaba. Después de mi “aventura” en el club esperaba sentirme avergonzada, incapaz de aparecer por el club, pero al día siguiente estaba en mi puesto de trabajo como cualquier otro día.

Gracias a la máscara (bueno, el tiempo que me había durado puesta), a la oscuridad y a Derek, nadie sabía que había usado el club, y nadie tenía por qué saberlo.

Pero lo que más me sorprendía era que no me sentía avergonzada, o arrepentida, como esperaba. Todos los prejuicios e ideas preconcebidas que tenía sobre el club se habían derrumbado, habían desaparecido.

Y me sentía más libre de lo que me había sentido en mucho tiempo.

De todas formas, había sido una experiencia aislada. No me hacía falta nadie más. No me hacía falta una máscara ni la oscuridad para liberarme y desinhibirme, mucho me temía que Derek podía hacer conmigo lo que quisiera, cuando quisiera.

Y no sabía si eso me asustaba... o todo lo contrario.

—¿ENTONCES? ¿Qué piensas?

Me quedé mirando a Derek. Estaba apoyado en el mostrador, casualmente, la camisa blanca con los dos primeros botones abiertos. No podía apartar la vista del triángulo de piel morena en la base del cuello... tragué saliva.

Estuve a punto de olvidar lo que me había preguntado. Lo habría hecho, si no fuese porque era importante.

Fruncí el ceño.

—¿Mánager?

Derek asintió con la cabeza.

—Quieren más tiempo libre. Ahora que Mark está con Caroline, y Paul con Amanda, pasarse aquí todas las noches ya no les parece tan divertido. Yo tengo mi propio negocio, solo puedo estar ciertas horas por la noche, y no hasta muy tarde... Y aunque Amanda trabaja aquí y Paul se pasa aquí las noches por defecto, no es trabajo para una sola persona.

—No lo sé... No quiero parecer una enchufada.

O serlo, para que iba a engañarme. ¿Empezaba una relación —o lo que fuese aquello— con Derek, y de repente tenía un ascenso? Aquello tenía un nombre.

—Ha sido idea de Mark, y de Paul —dijo Derek—. Yo lo único que he hecho es estar de acuerdo. No te lo habían ofrecido antes porque pensaban que no querrías trabajar en el interior del club. —Derek sonrió—. Les he convencido de que no es problema.

Dios, había sido una *snob* casi sin darme cuenta, juzgando a la gente que entraba en el club, y por extensión, también a sus dueños. ¿Qué habían pensado Mark y Paul de mí? ¿Que me creía demasiado buena para trabajar dentro del club? Tanto Amanda como Caroline trabajaban allí. No decía nada bueno de mí.

—Piénsatelo —siguió diciendo Derek—. Sabes tratar con los clientes, se te da bien el trato con la gente. Es una lástima que estés desaprovechada colgando abrigos detrás de este mostrador. Además, hace falta un *mánager*; si dices que no, vamos a tener que contratar a alguien de todas formas.

En realidad, no tenía nada que pensar. Cuanto más lo pensaba, más me gustaba la idea. Aún así, quería el resto de la noche para darle vueltas.

—¿Puedo responderte más tarde?

Derek sonrió, sabiendo que iba a aceptar. Era desconcertante que nos conociéramos desde hacía tan poco tiempo y la mitad de las veces pudiese leerme el pensamiento.

AL CABO de un rato Derek entró en el club.

Me quedé mirando la puerta por la que acababa de desaparecer, pensativa. La mitad de mi cerebro estaba ocupado pensando en la oportunidad que se me acababa de presentar, ser *mánager* del club: mejor trabajo, menos monótono, más dinero.

La otra parte de mi cerebro estaba pensando en qué estaría haciendo Derek dentro del club.

No habíamos hablado de exclusividad. Una cosa era no querer una relación, en eso estábamos de acuerdo, y otra era... alternar con otras personas, por decirlo finamente. No me hacía sentir cómoda.

Vale, el día anterior había habido una tercera persona. Pero no era lo mismo.

No sabía por qué, pero el pensamiento de que Derek estuviese con otra mujer en ese momento me hacía subirme por las paredes.

Solo había una forma de averiguarlo: hacer uso de mi red de espías.

Con mi red de espías me refería a Amanda, que desde su puesto detrás de la barra lo veía todo.

Saqué mi móvil y le escribí un mensaje,

¿Sabes dónde está Derek? ¿Tienes contacto visual? ¿Está en la planta de arriba, o abajo, tomando algo? ¿Está con alguna mujer? Necesito info.

Repasé el mensaje y me di cuenta de que parecía psicótica perdida. Me dio igual, le di a enviar y esperé la respuesta mordiéndome las uñas.

A veces Amanda no tenía el móvil encima, lo dejaba con el bolso en las oficinas. En días tranquilos lo solía tener en el bolsillo de los vaqueros. Esperaba que lo tuviese encima.

Al cabo de cinco minutos de mirar la pantalla del móvil fijamente, se iluminó con un mensaje.

Está en las oficinas con Mark y Paul. Lleva ahí desde que ha entrado (primero me ha pedido un whisky :)

Respiré aliviada —demasiado aliviada, para ser sincera— hasta que me llegó el segundo mensaje de Amanda.

¿¿¿??? ¿Hay algo que debería saber y no sé?

Evidentemente, no sé cómo esperaba ponerle ese mensaje a Amanda y que no preguntase por el motivo.

La verdad, no me importaba contárselo a alguien. De hecho, si no le contaba a alguien lo de Derek iba a reventar. La mitad de la diversión de poder tirarme a un hombre como aquel —o que él se me tirase a mí, depende de la óptica— era contarlo.

Escribí otro mensaje.

De momento vigila. En cuanto pueda te cuento.

Ya podía liberar mi mente para pensar en el trabajo, en el ascenso.

Iba a decir que sí, no tenía ningún tipo de duda.

¿Qué hacía? ¿Le escribía otro mensaje a Derek, a Mark, esperaba a que saliesen? ¿Llamaba por teléfono?

Empecé a bailar en el sitio, y a imaginarme cómo sería mi nuevo trabajo. ¿En qué consistirían exactamente mis funciones?

LLEGARON MÁS CLIENTES, guardé sus prendas de abrigo y estuve un rato entretenida. Había pasado algo más de media hora cuando recibí otro mensaje de Amanda.

Bajando las escaleras.

No había pasado ni un minuto cuando recibí el siguiente mensaje.

Dejando el vaso de bebida vacío en la barra y diciendo buenas noches.

No pude evitar sonreír.

Dirigiéndose hacia la puerta.

Me dio el tiempo justo a esconder el móvil debajo del mostrador cuando Derek volvió a salir por la puerta del club.

—¿Y bien? —dijo, llegando hasta el mostrador—. ¿Ya te lo has pensado?

Supe que se refería al trabajo, aunque todavía tenía la mente puesta en los mensajes de Amanda.

—Sí. Y la respuesta es sí.

Sonrió, y me quedé embobada mirando sus ojos, las arruguitas que se le formaban en el borde... estaba en problemas.

—¿Qué hago? —pregunté—. ¿Llamo a Mark...?

—No hace falta. Ya les he dicho que aceptas.

Levanté las cejas.

—No hacía falta ser adivino.

Hum.

Me cogió las manos por encima del mostrador.

—¿Cuándo libras?

—El domingo.

—¿Quieres cenar conmigo? Puedo enseñarte mi piso...

Me quedé hipnotizada, con más ganas de decir que sí de las que eran normales.

Suspiré.

—El domingo no puedo, tengo un compromiso con mis padres.

—¿El próximo día, entonces?

Sonreí.

—Hecho.

Miró su reloj de pulsera.

—No puedo quedarme —dijo, frunciendo el ceño—. Te esperaré, pero mañana tengo una reunión a las ocho.

—Vete —dije, señalando hacia la puerta—. Todavía me quedan un montón de horas aquí... No

te vas a quedar solo para darme conversación.

Se inclinó sobre el mostrador para besarme en los labios, brevemente.

—Buenas noches, Monique.

Me aclaré la garganta.

—Buenas noches.

Me sonrió una vez más y se dirigió a la puerta.

Le miré irse con su culo estupendo dentro de aquellos vaqueros oscuros... Sabía que era solo sexo, pero me estaba costando mucho no tener estrellitas en los ojos.

Casi inmediatamente Amanda asomó la cabeza —solo la cabeza— por la puerta que daba al club.

—Venía a ver si se había ido Derek —dijo su cabeza. Metió el resto del cuerpo por la puerta—. Tengo diez minutos de descanso, y traigo provisiones —levantó los mojitos que llevaba en las manos, uno en cada mano—. ¿Me da tiempo a ponerme al día?

Le cogí el mojito que me había traído y pegué un trago. Me iba a hacer falta.

—Lo intentaré.

* * *

VEINTE

MONIQUE

Lo había hecho. Por primera vez en meses, había sucumbido a mis padres. La verdad era que me habían llamado por teléfono y me habían pillado desprevenida. No me había dado tiempo a buscar ninguna excusa.

Y mi madre, cuando quería algo, era como un Rottweiler con su presa. No soltaba el tema.

Esta vez era la gala de la fundación contra el cáncer infantil que mi madre presidía. *No puedes no venir, qué pensará la gente, presido una fundación y mi única hija no viene a la gala benéfica*, etc.

Lo peor era que encima caía en uno de mis días libres, el domingo, y no se me había ocurrido una excusa lo suficientemente rápido.

Todo el tema con Derek me estaba afectando al cerebro.

Bueno, no era tan malo: mi madre me había pagado el cubierto (mil dólares por persona, que iban a parar a la fundación) y era una excusa para arreglarme, volver a ponerme los vestidos de gala que ya nunca llevaba, beber champán y tener conversaciones insustanciales.

Quizás era eso lo que necesitaba, un poco de distracción.

Lo que no me hacía mucha gracia era que me había buscado una pareja para acudir, uno de los socios jóvenes del bufete de mi padre que tampoco tenía acompañante. A esas galas no podías ir sola, tenías que buscarte a alguien con quien entrar del brazo y sentarte, aunque luego no volvieses a hablar con él en toda la noche.

Tampoco me importó mucho por eso mismo: probablemente no cruzase más de diez palabras con él.

La verdad es que no era lo que más me apetecía hacer un domingo de enero por la noche, mi plan era quedarme en el sofá tapada con una manta viendo una serie de Netflix, pero como digo mi madre me había pillado desprevenida y todavía tenía problemas diciéndole que no.

CUANDO LLAMARON al portero y escuché la voz de mi cita, ya me había arrepentido de haberme dejado embaucar.

Hasta que llegué abajo. Me esperaba un hombre más o menos de mi edad, o no más de cuarenta, por lo menos. Con un traje impecable, el pelo castaño corto y peinado un poco hacia atrás y unas gafas de montura gruesa negras.

Las gafas le hacían parecer sexy, como un Clark Kent moderno.

Pero lo que me hizo sentirme cómoda y decidirme a disfrutar del resto de la tarde y la noche no fue el aspecto del hombre, si no lo que me dijo en cuanto me acerqué.

—James McDermott —dijo, tendiéndome la mano—. Soy gay.

No pude evitar sonreír.

—Monique Leclercq. No soy gay.

Me estrechó la mano y sonrió.

—Lo digo porque presiento, por tu cara, que esta cita también es una encerrona para ti. En el despacho no saben que tengo novio, no porque lo oculte, sino porque prefiero dejar mi vida personal al margen. Ya sabes cómo son esos despachos de abogados antiguos.

Qué me iba a contar del bufete de mi padre que no supiera. Si quitabas a los becarios, la edad media de los abogados que allí había era de 65 años.

—Y además —siguió diciendo— no puedes ir a estos eventos solo...

Conectamos enseguida, teníamos un montón de cosas en común: arte, series, chistes de abogados... para cuando el taxi nos dejó en la puerta del hotel donde se celebraba la gala, estaba casi limpiándome lágrimas de risa.

Entramos cogidos del brazo, como si nos conociéramos de toda la vida.

El resto de la noche fue predecible, pero al menos, con James a mi lado, mucho menos aburrida de lo que había previsto. Me encontré con demasiada gente de mi antigua vida —sentadas a mi mesa había dos parejas con las que alternaba cuando estaba casada con William, a los que consideraba amigos— pero ya no me afectaba. Era como si tuviese una nueva capa de invencibilidad, como si fuera mucho más fuerte que antes de mi divorcio.

Y no todo era gracias a tener a James al lado. Quería pensar que yo también me había hecho más fuerte, más resistente.

Pero lo mejor de la noche estaba por llegar: el baile. Había una orquesta en vivo, y para mi deleite a James le encantaba bailar. Ni recordaba el tiempo que no lo hacía, y me deslicé por la pista en un vals como si estuviera flotando.

Lo echaba de menos.

—No te pongas nerviosa, pero creo que tu madre está pensando dónde va a encargar la lista de boda.

Aproveché una vuelta para otear, y efectivamente: en el borde del salón estaba mi madre con alguna de sus amigas del comité, mirándome bailar con estrellas en los ojos.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

—Mañana me llamará a primera hora para preguntarme si quiero la vajilla de ocho servicios o de doce.

James bajó los ojos hacia mí y sonrió con su sonrisa de dientes perfectos. Luego volvió a mirar por encima de mi hombro y frunció el ceño.

—¿Hay algo que no me has dicho, querida?

—¿Mmmm? —pregunté, distraída, disfrutando del baile.

—¿Estás escondiendo algo? Un admirador secreto, quizás... oscuro, alto, con pinta de boxeador con traje.

Salí de mi ensoñación de golpe.

—¿Qué?

James volvió a girarme para que pudiera ver a quién se refería.

Y en el borde de la improvisada pista de baile, una copa de lo que parecía champán en la mano y una mujer al lado estaba...

Derek.

* * *

VEINTIUNO

MONIQUE

— *R*etirada, retirada.

Llevé a James mientras bailábamos al otro extremo del salón. Me miró con el ceño fruncido, mientras se dejaba llevar.

—¿Es algo bueno o malo? Con esa pinta y la forma en que te miraba, puede ser una cosa y la contraria...

—*Bueno* no es... dios, ¿qué hace aquí?

—¿Quién es? —preguntó James con curiosidad.

—Derek Callahan —dije, sin dar más explicaciones.

Levantó las cejas.

—¿Derek Callahan, el dueño de *Callahan Inversiones*?

Estuve a punto de pararme en seco, pero seguí bailando por defecto. Años de entrenamiento tenían que servir de algo.

—¿Callahan Inversiones?

—Su empresa. Un grupo de inversión. No me digas que no sabías que está forrado... ¿De qué le conoces?

Me encogí de hombros, sin dar explicaciones. ¿Qué iba a decir? ¿Le conozco del club de sexo en el que trabajo, y de habérmelo tirado dos veces, la segunda en compañía?

Aunque no sé quién se había tirado a quién, la verdad. Seguramente era al revés.

Empecé a ponerme roja sin poder evitarlo.

James siguió mirando por encima de mi hombro.

—No te preocupes, está con la hija de los McCallister, que debe tener como veinte años y nada en la cabeza... y estoy seguro de que le han obligado o algo, porque tienen los dos una pinta de aburridos que no veas. De hecho, ni siquiera se están dirigiendo la palabra... bueno, él más que aburrido parece que quisiera matarme en el acto. Espero que no me espere a la salida...

—¡No mires! ¡No mires!

James me miró, divertido.

—¿Por qué? Es lo más emocionante que ha pasado en toda la noche... es como volver al instituto.

TENÍA QUE SALIR DE ALLÍ. Después del baile, me había excusado para ir al baño y poder

componerme un poco.

Derek, allí. Allí, con mis padres y toda la gente que me conocía. Me había relajado sabiendo que mi exmarido no iba a acudir a la gala con su nueva mujer, pero no se me había ocurrido que Derek fuese a estar allí, ni en un millón de años. Aunque si estaba forrado como James decía, era normal. La gente forrada gravitaba siempre en los mismos círculos.

Por eso yo me había salido de ellos, porque había dejado de estar forrada...

Me miré en el espejo del baño, las manos apoyadas en el mostrador.

Calma. Llevaba allí dos horas, el tiempo suficiente para excusarme y poder irme. James tampoco tenía pinta de querer quedarse más tiempo, la verdad. Era un compromiso para los dos.

¿Qué hacía Derek con aquella chica? Tenía que doblarle la edad. Una chica de buena familia que solo sabía decir *sí*, *no*, y que había sido educada para darle la razón en todo a su acompañante.

Como yo a su edad.

Quizás era eso lo que Derek buscaba, una debutante de buena familia, joven e inexperta, para formar la suya propia. Por eso solo quería sexo conmigo. Por eso nunca íbamos a ir a una gala como aquella juntos.

Ni a una gala como aquella ni a ninguna otra parte. Solo escapadas sexuales, nada de relaciones.

Sentí un pinchazo en el costado.

Pero eso era también lo que yo quería, ¿no? Era lo que quería. No quería una relación. Quería libertad.

Entonces, ¿por qué estaba celosa y me sentía como un chicle pegado en el zapato de alguien?

Me lavé las manos y salí por la puerta del baño.

Los lavabos estaban fuera del salón de recepciones del hotel, y había que atravesar un trozo de lobby para volver a la gala.

Allí estaba Derek, solo, apoyado en la pared, las manos en los bolsillos, esperando tranquilamente.

Tenía que pasar delante de él para volver a entrar al salón. Si no fuese porque tenía el bolso dentro y tenía que despedirme de mis padres e irme con James, y coger mi abrigo, habría salido directamente por la puerta del hotel.

—Buenas noches —dijo, cuando pasé a su lado.

Dios, aquella voz grave. Y el traje, que le quedaba genial, abrazando sus músculos... el mechón de pelo rebelde que siempre le caía sobre la frente.

Resistí la tentación de acercarme y colocárselo.

Solo deslicé la mirada hacia su cara.

—Buenas noches —respondí, y me dio rabia que me temblase la voz.

Se despegó de la pared y me cortó el paso.

Levanté una ceja.

—¿Qué haces?

—¿Quién es? —preguntó él, a su vez.

—¿Quién es quién?

Sonrió con su sonrisa afilada, porque yo sabía exactamente a quién se refería, y él sabía que lo sabía. Aún así, contestó.

—El tipo con el que bailabas. El tipo con el que has llegado.

Cogí aire y volví a soltarlo. Podía habérselo dicho, pero la verdad, no era asunto suyo. No quería que hubiese malentendidos. No tenía derecho a preguntármelo, así que yo tenía derecho a

no responder.

—No es asunto tuyo —dije, y le rodeé para volver al salón.

Me cogió del brazo al pasar.

—¿No es asunto mío? ¿Estás segura?

La voz era suave pero peligrosa. Estaba segura de que en los negocios era un tiburón, pero a mí no iba a amedrentarme de aquella forma.

—No, no es asunto tuyo. Así como no es asunto mío la chica con la que tú has venido —dije, un poco entre dientes.

Derek sonrió, y se le iluminaron los ojos.

—¿Estás celosa?

Me solté de su brazo.

—Tú sueñas —dije, todo lo dignamente que pude, y volví a entrar al salón, con las carcajadas de Derek de fondo.

Tú sueñas. No podía haber hecho un comentario más pueril. James tenía razón. Aquello empezaba a parecer el instituto.

* * *

VEINTIDÓS

MONIQUE

Después del encuentro con Derek había salido corriendo, prácticamente. No había otra forma de decirlo.

Me despedí de mis padres —afortunadamente mi madre estaba ocupada intentando recaudar más donaciones para la fundación y no había podido interrogarme sobre mi cita—, cogí mis cosas y le pregunté a James si quería aprovechar para irse conmigo o prefería quedarse.

—Sácame de aquí —fue su respuesta desesperada.

Intercambiamos números de teléfono en el taxi porque tenía que reconocer que, quitando el episodio de Derek, me había divertido bastante aquella noche. Sobre todo para ser una gala benéfica a la que no quería ir. Le prometí a James que le llamaría para quedar a comer con él y Gerald —su prometido— y para ir a ver una exposición de arte en la que ambos estábamos interesados.

Luego se empeñó en acompañarme hasta el portal de mi edificio, mientras el taxi le esperaba.

Era una pena, porque James había resultado la cita perfecta. Quitando el pequeño detalle de que era gay, claro.

Cerré la puerta de casa tras de mí con un suspiro. No quería pensar en nada. Era domingo, eran casi las once de la noche y lo único que me apetecía era darme un baño de burbujas con una copa de vino rosado espumoso que tenía en la nevera.

Me quité los zapatos de tacón y mis pies lloraron de alivio.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

CONTEMPLÉ NO RESPONDER, pero por un momento pensé que a lo mejor era James, que se había olvidado de decirme algo —aunque para eso estaban los móviles. Cuando me acerqué a la puerta y miré por la mirilla, no me lo podía creer.

Abrí la puerta con fuerza, sin pensarlo.

—¿Qué haces aquí?

Derek, que estaba mirando al suelo, las manos apoyadas en el marco de la puerta, levantó la vista.

—¿Me estabas siguiendo? —pregunté, molesta. Era la única explicación para que supiese exactamente cuándo iba a estar en casa.

Me miró los pies desnudos, y por alguna razón eso pareció molestarle. Endureció la

mandíbula.

—¿Puedo pasar?

—No.

—¿Por qué? ¿Está dentro?

Fruncí el ceño, sin entender.

—¿Dentro? ¿Quién?

—El tipo con el que estabas. El que tenía pinta de abogado.

Suspiré, cansada.

Iba a repetirle lo mismo que le había dicho un rato antes, en la gala, que no era asunto suyo. Pero mucho me temía que si seguía dándole largas se iba a tirar allí toda la noche.

—James, su nombre es James y sí, es abogado. Y no, no está dentro.

Derek no dijo nada más. Estaba cerca, y me llegaba su olor a aftershave y a Derek. Intenté no fijarme en la mandíbula cuadrada, en los ojos grises.

Tragué saliva.

—¿Puedo pasar? —volvió a preguntar.

—No. No tengo ganas de hablar contigo —dije, y empecé a cerrar la puerta.

Puso una mano en la puerta e impidió que la cerrara.

—Por favor. Solo un momento.

Se quedó en el umbral, mirándome. Después de un instante, sin decir nada más, abrí la puerta del todo para que pasara.

La cerré y nos quedamos frente a frente en el salón, yo con los brazos cruzados, esperando a que hablara. A que dijese lo que había ido a decir.

—Estoy celoso —dijo, después de unos segundos de silencio, en el mismo tono en que habría dicho *soy alcohólico* o *soy un asesino en serie*.

Levanté una ceja.

—¿Y eso es asunto mío, porque...?

Desvió la mirada hacia un lado. Parecía que le costaba hablar. Volví a ver cómo se le endurecía la mandíbula, y por fin volvió a mirarme a los ojos.

—Porque nunca estoy celoso. *Nunca*. Y no es algo que me guste. Cuando te he visto bailar con el tipo ese... tenía ganas de arrancarme la piel a tiras. O arrancársela a él.

—Dijiste que no querías una relación. Solo sexo, ¿recuerdas?

Se pasó la mano por el pelo.

—Ya lo sé, pero la sola idea de... —suspiró—. No quiero que salgas con nadie. Mientras estemos juntos.

—Pero no estamos juntos.

Fue entonces cuando avanzó hacia mí, rápidamente, y cuando quise darme cuenta tenía la espalda pegada a la pared, al lado de la puerta, Derek pegado a mí, su cuerpo moldeando el mío.

No hice ni un gesto de resistencia. En lo que concernía a Derek, no tenía autocontrol.

Descalza, sin tacones, me sacaba mucha más altura, y tuve que levantar la cabeza para poder mirarle.

—Monique... no puedo pensar cuando estoy cerca de ti. No sé qué me está pasando—. Pasó los labios por mi sien—. Pensaba que tú tampoco querías nada más. Pensaba... no sé qué pensaba.

Me encogí de hombros. Era verdad, pero después de aquella noche... no sé a quién quería engañar. Yo también quería arrancarme la piel a tiras.

—¿Y la cría con la que estabas? —pregunté.

—Ni siquiera me acuerdo de su nombre, era la hija de alguien, no la había visto nunca hasta esta noche. Era simplemente mi acompañante para la gala, nada más. No ha dicho ni tres palabras seguidas en toda la noche, casi me muero de aburrimiento. Sin embargo tú... te estabas divirtiendo. Te estabas riendo. ¿Vas a volver a verle? Por favor, no vuelvas a verle.

Puso sus labios en mi pelo.

Quería decirle que no era nada, que no era nadie, pero no era justo. ¿Y si lo fuese? Quería que reconociese que quería algo más.

—Derek —le cogí de la barbilla para que me mirase a los ojos. Luego, sin poder evitarlo, le pasé el pulgar por el labio inferior, grueso—. Derek, dijiste que solo era sexo... ¿quieres algo más?

Me miró, los ojos oscurecidos por el deseo.

—Te quiero a ti.

Fue entonces cuando me rendí, justo antes de que volviese a acercar sus labios a los míos y me besase.

* * *

VEINTITRÉS

MONIQUE

Fue un beso duro, salvaje. Fue un duelo de lenguas y, como siempre, tuvimos que parar a respirar.

—Monique... —pasó las manos por debajo del vestido, los nudillos rozando mis muslos. Agradecí estar apoyada en la pared, porque me estaban fallando las rodillas—. Me estás volviendo loco. Dime que no vas a volver a verle.

—¿A quién? —pregunté. Estaba en otra dimensión. Ni siquiera sabía de qué me estaba hablando.

—Al tipo de esta noche.

Suspiré.

—Sí, voy a volver a verle—. Derek cerró los ojos lentamente, derrotado, y decidí sacarle de su miseria—. He quedado a cenar con él y con su prometido.

Abrió los ojos de repente.

—¿Prometido?

Me encogí de hombros.

—Lo mío también era una cita por compromiso. James trabaja en el bufete de mi padre, pero no está *oficialmente* fuera del armario. Ninguno de los dos teníamos pareja, y a mi madre le pareció buena idea que fuéramos juntos.

—¿Y no crees que me lo podrías haber dicho antes? Estaba sufriendo, desde que te vi bailar con él...

Sonreí lentamente. Luego me puse de puntillas y le mordí ligeramente el labio inferior.

—No está mal que sufras, de vez en cuando...

Empecé a deshacerle el nudo de la corbata, pero enseguida me cogió las manos, las muñecas y las puso por encima de mi cabeza.

Tenía esa sonrisa de lobo peligroso que no presagiaba nada bueno.

—Consecuencias, Monique. Tienes que aprender que los actos tienen... —me pasó la lengua por el cuello— consecuencias.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

Me cogió de la mano y me llevó hasta el sofá. Me puso de rodillas sobre los cojines, de cara al respaldo, las rodillas en el borde del sofá.

—Sujétate.

Me subió la falda del vestido que había llevado a la gala. Sentí el aire en mi piel desnuda.

Me acarició las nalgas, los muslos, metió los dedos por debajo de mi ropa interior de encaje

para comprobar lo húmeda que estaba, por él.

Tiró de mi tanga y escuché la tela rasgarse.

—Pega la mejilla al respaldo. Eso es.

Fue un azote, luego dos, en las nalgas, cerca de mi sexo, con la palma abierta. Me picaba la piel, no podía estar quieta, necesitaba a Derek y le necesitaba *ya*. La anticipación me estaba matando.

No había oído la hebilla del cinturón, ni la cremallera, por eso cuando surgió dentro de mí, cuando me penetró de una sola embestida, me pilló totalmente desprevenida.

Grité, con un grito largo y agudo, contra el sofá.

Me castigó con su polla dura, ancha, entrando y saliendo con fuerza. Estaba más dura que nunca y parecía más grande, o que llegaba más adentro, o quizás simplemente era la postura.

—Esto es lo que pasa cuando me tientas, Monique... cuando juegas conmigo.

Me sujetó de las caderas y embistió una y otra vez. Le sentía dentro de mí, grande, llenándome hasta el último rincón. Se me cortaba la respiración cada vez que entraba, la respiración y las palabras...

Estaba follándome duro, casi brutal. Si ese era mi castigo, quería ser castigada una y otra vez, y otra, por favor.

Mordí el respaldo. Le sentía dentro de mí, tan al fondo como no había llegado nadie, nunca.

Gemí como un animal, como alguien que no sabe lo que quiere, solo sabe que lo quiere.

Derek se inclinó sobre mí y me habló al oído.

—¿Qué quieres, Monique?

—No lo sé... —me retorcí bajo sus manos—. Haz lo que quieras conmigo.

—¿Lo que quiera? —dijo, con voz ronca. Le iba conociendo y ya sabía que estaba a punto de perder el control.

—Sí. ¡Sí!

Justo en ese momento el orgasmo me barrió, casi haciendo que las rodillas venciesen sobre el sofá.

Fue un orgasmo intenso, largo, pero cuando terminó me quedé hueca: necesitaba más, quería más. Quería que Derek me volviese loca, que aquella noche no terminase nunca.

Yo también había perdido el control.

Apenas me enteré cuando Derek me cogió y me llevó en brazos hasta mi dormitorio.

Seguía completamente vestido, solo se había bajado la cremallera del pantalón.

ME QUITÓ el vestido al pie de la cama, en un solo movimiento.

Se deshizo el nudo de la corbata, despacio. Él también estaba afectado, tenía los ojos brillantes, los labios húmedos.

—Túmbate.

Eso hice. Derek terminó de quitarse la corbata, se sentó en la cama, a mi lado, y antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo cogió mis muñecas y me las ató con la corbata al cabecero de mi cama.

—¿Sigues en pie, lo de hacer contigo lo que quiera?

DEREK

—Por favor, Derek... por favor.

—Por favor, ¿qué más?

Monique se mojó los labios color cereza, me miró con los párpados entrecerrados. La vi allí, tumbada, los brazos sobre la cabeza. Estuve a punto de correrme en ese mismo instante.

—Por favor —dijo, en un susurro casi inaudible—, fóllame.

Fue como si alguien hubiese encendido un interruptor dentro de mí.

Era mía, mía, para hacer con ella lo que quisiera. Que me hubiese cedido el control era un regalo que no pensaba dejar pasar.

Separé sus piernas y metí la lengua dentro de su sexo, lo más profundo que pude, junto con dos dedos.

Puse una pierna sobre uno de mis hombros y lamí, mordí, chupé, y comí hasta que conté dos orgasmos.

Seguía vestido, pero no tenía paciencia para desvestirme, no quería perder el tiempo. Me quité la camisa de cualquier manera y me bajé los pantalones lo suficiente como para liberar de nuevo mi erección dolorida.

La llené, del todo. Arqueó la espalda y aproveché para mordisquear y lamer los pezones.

—¡Derek!

No podía parar, no quería parar, era como si mis caderas estuviesen intentando batir un récord, embistiendo deprisa, una y otra vez, clavándome en el calor de Monique, su coño estrecho y húmedo, caliente.

Volvió a arquearse, otro orgasmo. El pelo húmedo se le pegaba a las sienes, sentí mi propio sudor correr por mi espalda. Subí sus piernas a mis hombros y cambié el ángulo de la penetración, castigando su punto G, rozándolo una y otra vez con mi sexo duro.

Se volvió loca, tirando de la corbata que ataba sus manos, intentando liberar las manos sin conseguirlo, retorciéndose.

MONIQUE

ESTABA EN OTRO PLANO. Solo quería correrme, una vez detrás de otra, cuantas más veces mejor, un orgasmo detrás de otro.

Con cada nuevo orgasmo se soltaba un nudo más dentro de mí, era como si mi piel despertase de la parálisis a la que había estado sometida todos aquellos años.

—Derek, Derek... no puedo más, es demasiado...

No me quedaba voz para gritar, me había quedado casi ronca.

—Claro que puedes —respondió, sin dejar de embestir—. Vamos a estar así toda la noche, te voy a follar toda la noche, hasta que no te acuerdes ni de tu nombre...

Cuando pensé que iba a desmayarme del placer, me dio la vuelta, me separó las piernas y entró desde atrás.

Estaba atada, inmóvil. Lo único que podía hacer era recibirle una y otra vez, el placer concentrado en un solo punto... sentí cómo se me nublaba la vista.

No podía moverme... solo podía dejar que me follara, una y otra vez, y otra, embestidas fuertes y profundas, sus caderas poderosas...

Empecé a gritar incoherencias.

—Métemela más, más adentro... me gusta Derek, así, sí, por favor...

Me separó más las piernas y cambió el ángulo para poder satisfacer mis deseos.

DEREK

LA PENETRÉ DESDE ATRÁS, clavándola en la cama una y otra vez, sin parar, sin piedad. La almohada ahogaba sus gritos y gemidos... si saber casi lo que hacía le di una palmada en una nalga, luego la otra, una vez y otra, hasta que se quedaron rojas... había perdido totalmente el control.

—Déjame que te folle bien, déjame que te folle duro... así, eso es, te gusta así, ¿verdad?—. La azoté de nuevo—. Te gusta que tenga el control...

No podía apartar la vista de su culo con la marca de la palma de mi mano, moviéndose como si fuese de gelatina...

—Me voy a correr, Monique...

Separó la cara de la almohada y me miró. Tenía la cara roja, como si hubiera corrido un maratón.

—Córrete dentro de mí, Derek. Lléname...

Eso hice, enterrando la cara en el hueco de su cuello, gruñendo mientras me descargaba dentro de ella.

CUANDO TERMINÉ me quedé totalmente sin fuerzas. Nunca me había sentido así, completamente exhausto, satisfecho. Como si no me hiciese falta nada más en la vida. Desaté las manos de Monique rápidamente y le di la vuelta, abrazándola.

—¿Qué tal estás? —dije, dándole un beso en el pelo.

—*Mmmm* —fue su no-respuesta.

Le aparté el pelo de la cara. Tenía una sonrisa satisfecha, los ojos cerrados.

—Creo que me voy a quedar dormida en los próximos cinco segundos —dijo.

Seguía medio vestido, pero me dio igual. No quería moverme, ni iba a moverme. En aquel momento estaba en el paraíso.

Antes de darme cuenta me quedé dormido yo también.

* * *

EPÍLOGO

MONIQUE

Sentí unos labios en la nuca y supe que era él. Seguía llevando el mismo moño prieto de siempre para trabajar. Derek había acabado confesando que le gustaba tener acceso a mi cuello siempre que quisiera.

Teniendo en cuenta que el cuello era una de mis zonas más erógenas, me parecía bien. Aunque para qué engañarme: con Derek, todo mi cuerpo era una zona erógena.

El moño era el mismo, pero ahora llevaba un vestido hasta la rodilla, color púrpura, con unos zapatos de tacón a juego. Me di la vuelta para devolverle el beso a Derek.

—Poco profesional —dije.

—Estamos en las oficinas, nadie nos ve...

Como para contradecirle, Paul entró por la puerta y dijo:

—Derek... contrólate, y deja de acosar a nuestra nueva mánager. Si no te importa.

Era hasta cómico que aquello viniese de Paul, que era casi incapaz de estar a menos de tres metros de Amanda y no ponerle las manos encima.

Derek emitió un gruñido a modo de respuesta. Me separé de él y sonreí a Paul.

—El inventario del bar está terminado, está en el servidor, en una hoja de excel que se llama —hice una pausa dramática—: inventario bar.

Paul suspiró y se puso una mano en el corazón.

—Monique... ¿has oído hablar del poliamor?

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

Derek le miraba con el ceño fruncido.

—Relájate, Derek —dijo Paul al pasar por su lado— era broma.

Todavía sonriendo bajé las escaleras que daban a la planta principal. Era sábado y el club estaba bastante lleno. Eché un vistazo por encima para asegurarme de que todo estaba bien, de que no hacía falta nada. Al pasar por una mesa cogí los vasos vacíos: era tarea de los camareros de planta, pero estaban a tope de trabajo y no me costaba nada.

Los dejé encima de la barra.

—¡Gracias! —Amanda apareció para recogerlos y desapareció con ellos a la velocidad del rayo.

Justo en ese momento Chloe se estaba colgando el bolso y bajándose de su taburete.

—¿Te vas ya? —pregunté, sorprendida. Era pronto, sobre todo para Chloe. Y sobre todo para ser sábado. Ni siquiera había subido a la planta de arriba. Y era su modus operandi: cogía al hombre más atractivo que pudiese encontrar (o al siguiente, si el primero estaba ocupado) y solo

se iba después de “haber quedado satisfecha” (sus propias palabras).

—Sí —miró a su alrededor, con desgana—. No sé, no estoy de humor.

Me pregunté si estaría cogiendo una gripe algo...

Nos despedimos y la vi salir por la puerta, pensativa.

Fue entonces cuando noté, otra vez, labios en mi nuca. No pude evitar sonreír de oreja a oreja.

—Derek... estoy trabajando.

Me cogió de la cintura por detrás y puso su barbilla en mi hombro.

—Sé lo que estás haciendo —le dije—, asegurándote de que todo el mundo sepa que estoy contigo...

Le noté sonreír en mi hombro.

—No puedo evitarlo. Una mánager tan sexy... no quiero que a la gente le empiecen a entrar ideas. Es esto o colgarte del cuello un cartel de “ocupada”.

Me di la vuelta.

—No tienes que quedarte hasta que acabe el turno —enredé mis dedos en su pelo. Era inevitable, yo tampoco podía estar sin tocarle mucho tiempo—. Puedes esperarme en casa, si quieres.

Últimamente, *casa* era mi piso. Al principio habíamos alternado entre el suyo y el mío, pero los días que trabajaba en el club, teniendo en cuenta a la hora que salía, nos quedábamos en mi piso por defecto.

Derek había colonizado casi la mitad de mi armario y una de mis mesitas. Sonreí al pensar en ello.

—¿En qué piensas? —preguntó, mirándome a los ojos.

En que tu ropa está en mi armario, y no me importa, pensé, pero no lo dije.

El divorcio me había dejado con la autoestima por los suelos, sin saber quién era, pero poco a poco me había recuperado. Me había encontrado. Ahora tenía al hombre de mis sueños, tantos orgasmos que perdía la cuenta, y un trabajo que me encantaba y pagaba bien.

¿Qué mas podía pedir?

Nada. Me había tocado la lotería.

—En que pronto tendré que hacerte un hueco más grande en el armario.

Como siempre, Derek me leyó el pensamiento y adivinó lo que *no* estaba diciendo. Bajó los labios hasta los míos.

—Yo también —dijo, y me besó.

FIN

* * *

Aquí concluye la historia de Monique y Derek. Si quieres más historias como esta, [sigue a Nina Klein en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando se publique el resto de aventuras de los demás miembros de “El Club”.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Trilogía “La fiesta de San Valentín”



No tener pareja el día de San Valentín no era gran cosa, o al menos eso pensaba Maya.
Peor que estar sola era tener que ir a una fiesta de San Valentín en la oficina... la idea más horrible que se le había
ocurrido nunca a nadie.
Pero todavía peor que eso era emborracharse con vino barato, tropezarse con el dueño de la empresa y dar la peor
primera impresión que una podía dar...

¿O no?

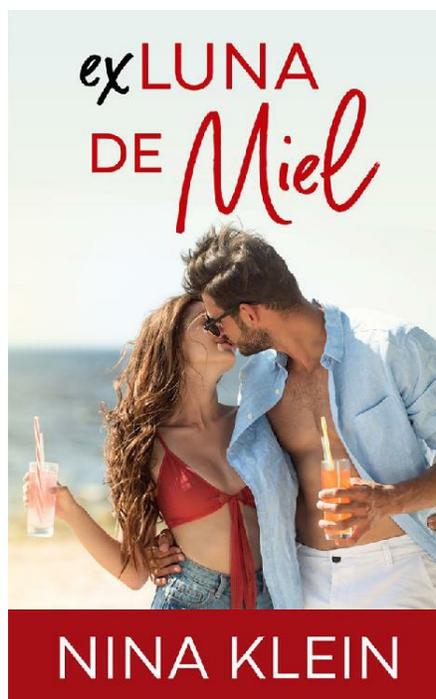
Todo lo que pasa en una fiesta de la oficina, se queda en la oficina...

O eso esperaba.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[Ex Luna de Miel](#)



Mi matrimonio había durado exactamente cuatro días. Bueno, cinco, si contaba el día de la boda.

Seguramente haya batido algún récord.

George, mi marido, me había abandonado aquella misma mañana para irse con una mujer que había conocido durante nuestra luna de miel.

Juro que no me lo estoy inventando. Parece increíble, pero allí estaba, en un *resort* de cinco estrellas en Aruba, con once días de luna de miel por delante. Sola.

Rodeada de parejitas felices por todas partes.

Así que decidí emborracharme. ¿Qué otra maldita cosa podía hacer?

Pero lo que no sabía, mientras ahogaba mis penas en *mojitos* en el bar de la playa, era que las sorpresas no habían hecho más que empezar...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

[Romance en la Oficina](#) (La Fiesta de San Valentín 1)

[La Jefa](#) (La Fiesta de San Valentín 2)

[Una Mujer de Mundo](#) (La Fiesta de San Valentín 3)

[Trilogía La Fiesta de San Valentín](#)

[Ex Luna de Miel](#)

[Noche de San Valentín](#)

[Game Over](#)

[El Profesor, La Tienda](#) (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

El Club (El Club 1)

Una Noche Más (El Club 2)

Todos Tus Deseos (El Club 3)

Trilogía El Club (El Club 1, 2 y 3)

Lláname Amanda (El Club 4)